

# *DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS*

## **Módulo III**

### **Nación e Identidad**

---

#### ***4. LIBERALISMO Y NACIONALISMO. (1867-1885)***

##### **4. 1. Historia**

##### **4. 2. Arte y sociedad**

##### **4. 3. Literatura**

.

# **DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS**

## **Módulo III**

### **Nación e Identidad**

---

#### **4. 1 Historia**

LECTURA OBLIGATORIA: KRAUZE, Enrique. “El más hermoso imperio del mundo”. Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910), México, TusQuets Editores, 1994, pp. 249-274.

Krauze, Enrique. “Dictador Democrático”. Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910), México, TusQuets Editores, 1994, pp. 275-292.



## **El más hermoso imperio del mundo**

Mientras México se desgarraba en el drama de la Reforma, muy lejos, en el norte de Italia, el pequeño reino de Lombardía-Véneto intentaba afirmar ideas de soberanía y pautas de vida democrática semejantes a las del bando liberal mexicano. No había llegado aún el momento de la unidad italiana, pero su perfil se dibujaba en el horizonte. El gobernador general de Lombardo era una suerte de Iturbide austriaco, un archiduque liberal y romántico cuyas admirables intenciones de hacer la felicidad de sus súbditos chocaban con la voluntad más elemental de esos mismos súbditos: la de decidir su propio destino.

El archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo había tenido el infortunio de nacer dos años después que su hermano, el entonces emperador de Austria-Hungría, Francisco José. Esta circunstancia marcó desde siempre sus pasos. Mientras el primogénito se preparaba para el acceso seguro al trono, la propensión del segundo vastago del emperador austriaco fue escapar, vagar por los mares, por la imaginación o por el aire. Parecía que Maximiliano hubiese intuido que aquel reinado de su hermano duraría las décadas que en efecto duró. En cuanto pudo visitó Grecia, Italia, España, Portugal, la isla de Madera, Tánger y Argelia, donde ascendió al monte Atlas. En las tumbas de los Reyes Católicos en Granada, «orgullosos y ansiosos, y sin embargo tristes», extendió la mano «hacia el anillo de oro y hacia la espada que en un tiempo fue poderosa» y pensó que sería «un sueño hermoso y divino para el sobrino de los Habsburgo españoles blandir la última para conquistar el primero». Aquel encuentro ocurría en 1854. Al año siguiente, como almirante y comandante en jefe de la flota austrohúngara, visitó Palestina; en 1856 Francia, Bélgica y Holanda, y en 1857 el reino de su prima, la reina Victoria.

Tenía entonces veinticinco años y un mundo de exóticos paisajes en la memoria y la fantasía. En ese año se casó con Carlota Amalia, hija del rey Leopoldo de Bélgica, y juntos se mudaron al castillo de Miramar, que Maximiliano había comenzado a construir dos años antes. Se trataba de un reluciente palacio de piedra

caliza vecino a Trieste, levantado sobre una gran roca a orillas del Adriático. Su despacho era una copia exacta del interior de su fragata, la *Novara*. Desde allí, mirando al mar, Maximiliano escribía sus *Memorias* y volaba: «y si la hipótesis de los globos aerostáticos se convierte alguna vez en realidad, me dedicaré a volar y encontraré en ella, con toda la certeza, el mayor placer». Pero sobre la tierra el destino seguía siendo adverso a aquel joven rubio, pálido, de expresivos ojos azules, cuyo saliente mentón se disimulaba tras el rizo cuidadoso de su barba. Nada más remoto a sus ideas que el absolutismo o el catolicismo beato. Era liberal, como su siglo. Y sin embargo, la gente en Milán lo veía con respeto privado y recelo público: un príncipe extranjero, un advenedizo. De nada habían servido sus planes y sus obras. Vivía en la «constante humillación de representar un régimen indolente y sin política definida al que la razón trata de defender en vano». A su «querida madre», la archiduquesa Sofía, que le recomendaba resistir con honor, le confiaba su zozobra:

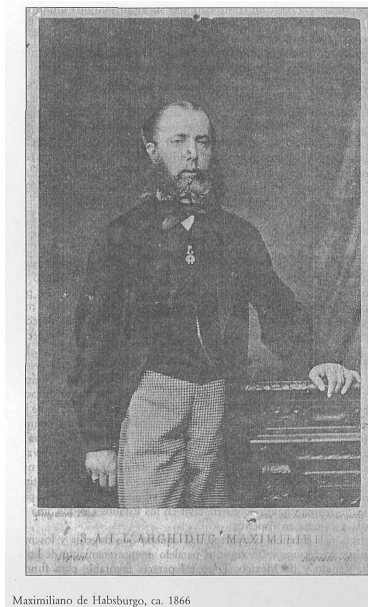
«Lo que usted me dice... desde un punto de vista religioso es mi entera convicción... si no fuese por los deberes religiosos ya estaría hace tiempo lejos de este país de martirio ... A pesar de la burla que me espera y de todas las calumnias permanezco tranquilo en mi puesto. En el peligro no me vuelvo».

En 1859, ante la tensión creciente, Francisco José envió un refuerzo de tropas que de hecho significaban la remoción de Maximiliano. Al hacerlo —escribía éste— pasaba sobre el «decoro» y. «el buen nombre de un archiduque». ¿No había lugar en el mundo —es decir, monarquía en el mundo— para aquel príncipe de modales delicados, y su firme y ambiciosa mujer, destinada como él, más que él, a «reverdecer todas las glorias»? Parecían nacidos en el siglo erróneo, en el sitio erróneo: «Es triste ver hundirse cada vez más por ineptitudes, errores y un proceder incomprensible, a nuestra hermosa monarquía, tan poderosa antaño».

En el «espantoso» frío de diciembre de 1859, Maximiliano dejó a su esposa en Bélgica y navegó al lejano Brasil, donde reinaba su primo hermano. Amaba la aventura:

«Al hombre le interesa lo alejado y lo desconocido», escribió a la vista de la costa americana, «y si sospecha vida en cualquier punto lejano es atraído hacia allí ... Me parece una leyenda que sea yo el primer descendiente de Fernando e Isabel que desde su niñez ha tenido como misión en la vida pisar un continente que ha alcanzado una importancia tan gigantesca para los destinos de la humanidad».

En algún momento de la travesía recordó quizá la extraña insinuación que un grupo de mexicanos le había hecho dos años atrás, en Monza, sobre una posible oferta del trono de México. «*Cela serait une belle position*», le había comentado su suegro, el rey Leopoldo. Por lo pronto, Maximiliano se abandonó a la sensualidad de una mujer brasileña que le transmitió una enfermedad venérea, de la cual sanaría con el tiempo. Con todo, a pesar de los placeres del trópico, no olvidaba la decadente monarquía austríaca presidida por un «nuevo Luis XVI» y el precario equilibrio de las potencias europeas que ponía en peligro sus bienes y propiedades, entre ellos el idílico refugio de Miramar. Era un príncipe en busca de un reino.



Maximiliano de Habsburgo, ca. 1866

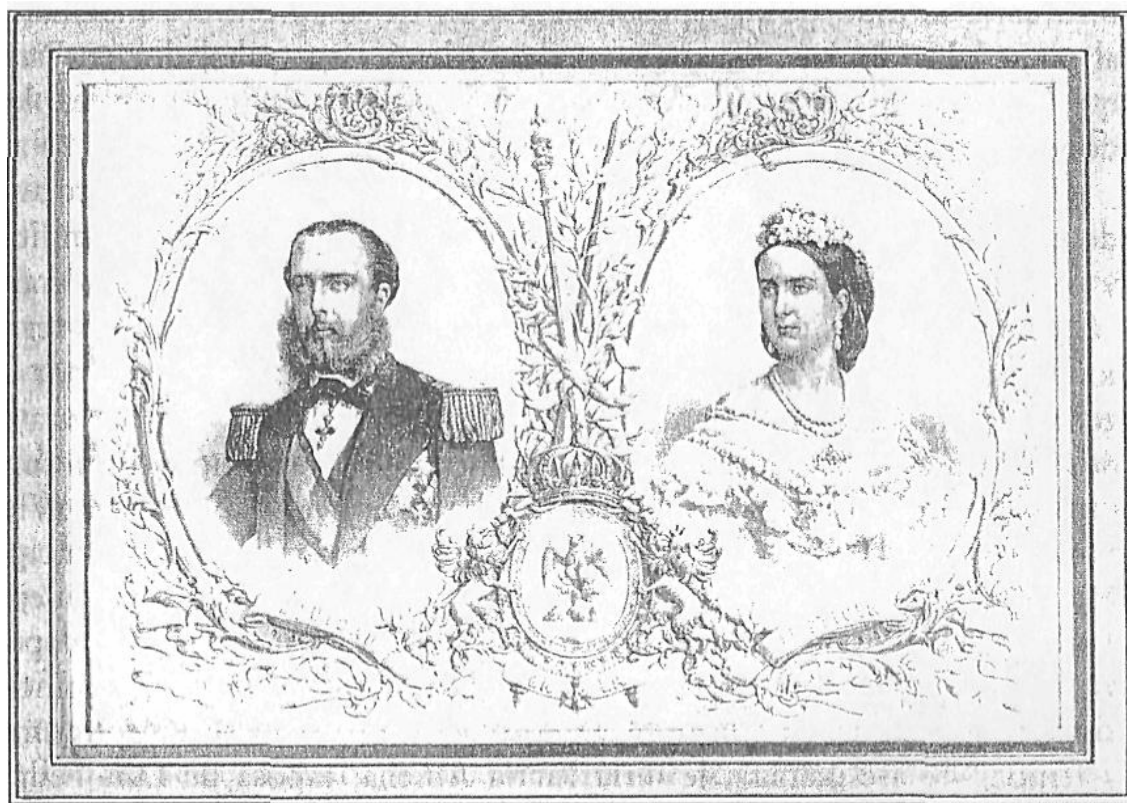
En París, encabezaba la *coterie* mexicana un exiliado profesional, un «afrancesado» perfecto, el hacendado José Manuel Hidalgo, amigo de la emperatriz, la granadina Eugenia de Montijo. Desde hacía años, por razones distintas, ambos soñaban el mismo sueño: establecer una monarquía en México. De pronto, en 1861, los acontecimientos parecieron configurar seriamente la posibilidad. La moratoria de pagos declarada por el gobierno de Juárez en junio de ese año inició el ciclo. En octubre, Inglaterra, Francia y España firmaban en Londres una convención para exigir a México por la fuerza el pago de las deudas incumplidas y la satisfacción de otras reclamaciones, no del todo injustificadas respecto de ingleses y españoles. A principios de 1862, escuadras de los tres países desembarcaban en el puerto de Veracruz. Al poco tiempo, satisfechas por la vía diplomática sus demandas, España e Inglaterra se retirarían dejando a la Francia napoleónica sola, en posición de llevar a cabo sus verdaderos propósitos: no el cobro de sus exageradas cuentas sino la invasión del territorio y la ejecución de un proyecto múltiple de reconquista. Para Eugenia representaba la vindicación de España; para Napoleón, aprovechando la guerra civil en los Estados Unidos, una renovada presencia en América.

Hacia más propicia la oportunidad aquello que Eugenia y los monarquistas mexicanos veían como el paralelo desmoronamiento de Lombardía-Véneto" y de México. Todo les parecía favorable para fundar —restablecer, dirían ellos- el Imperio mexicano. Los viejos monarquistas criollos lo insinuaron al oído de la emperatriz, la emperatriz supo insinuarlo al oído de su esposo, Napoleón III se apresuró a insinuarlo al emperador de Austria, que a su vez ordenó a su embajador en París que lo insinuara a los oídos más perceptivos de las cortes europeas: los de su hermano, el archiduque Maximiliano y su joven Carlota.

Mientras Maximiliano y Napoleón entraban en un largo proceso de negociación en torno a las condiciones de apoyo financiero, militar y diplomático en que se establecería la nueva corona, el ejército francés avanzaba, no sin grandes contratiempos, en la ocupación del territorio mexicano. La derrota de las tropas francesas comandadas por el general Lorencez a manos del general Ignacio Zaragoza el 5 de mayo de 1862 pudo haber enfriado el entusiasmo de Maximiliano, y lo



mismo otros presagios adversos: Inglaterra negaba su apoyo a la aventura (Victoria prefería el vacante reino de Grecia para Maximiliano); el príncipe Mettemich la desaconsejaba firmemente; Francisco José deseaba alejar a su liberal y crítico hermano, pero se declaraba incapacitado para apoyarlo con fuerzas militares y recursos financieros de verdadera significación; todos sus tíos en la nobleza europea expresaban su escepticismo y temor; «te asesinarán», le diría María Amelia, esposa de Luis Felipe de Orleans, abuela de Carlota; su suegro, el rey Leopoldo, no rechazaba la idea,' pero lo urgía a obtener un «acuerdo vinculatorio» con Napoleón.



Maximiliano y Carlota, ca. 1866

Muy pronto quedó claro que todo el proyecto pendía de un solo hilo: el apoyo de Napoleón. Maximiliano jugaba con la idea de ponerle condiciones: no sería “su único protector”, no contaría con su «total sumisión». Lo cierto, sin embargo, es que deseaba hasta tal grado aquel trono salvador que enfiló su disposición anímica para escuchar sólo lo que conducía a ese fin y prestó oídos sordos a todo intento o dato

que pudiera disuadirlo. Había que estrechar a toda costa el vínculo con Napoleón y creer que aquel remoto país en desgracia clamaba por su salvadora llegada:

«Los sentimientos de amistad que Vuestra Majestad me inspiró desde el momento en que tuve la dicha de verlo por primera vez», escribió en agosto de 1863 a Napoleón, «no desaparecerán nunca y seré feliz, *sire*, de podérselo demostrar si los sucesos se desarrollan de tal modo que usted permita a mi hermano, el emperador, y a mí, poder colaborar en la obra de la reconstrucción de México. La dificultad más seria que se opondrá a la realización de esta empresa procederá, a mi juicio, de Norteamérica, en donde, como se puede presumir por las últimas noticias, resurgirá probablemente la Unión, aquella Unión, tan ávida de engrandecimiento como hostil al principio monárquico del otro hemisferio. La ayuda armada de Francia será el baluarte más fuerte del nuevo imperio contra los ataques de ese enconado adversario que, sin duda, no puede esperar a verse consolidado en el interior para emprender el ataque e intentar derrocar el trono erigido a sus puertas».

No podía engañarse sobre la arriesgada geopolítica de su decisión: un país lejano, un océano de por medio, un vecino poderoso y acechante que saldría tarde o temprano de la guerra civil, la sumisión a un solo protector que podía no ser eterno y cuya posición en la inestable Europa podría vacilar. Y sin embargo, decidió creer que los hados lo favorecían. Y no sólo los hados, también los votos de los mexicanos humildes y los deseos de los mexicanos más influyentes. Una carta de Santa Anna a Gutiérrez de Estrada, escrita desde su reciente refugio en la isla caribeña de St. Thomas, calificaba de «candidato inmejorable» al archiduque y ofrecía desde luego sus servicios para trabajar «hasta la realización plena del negocio». La prédica machacante de Gutiérrez de Estrada le confirmaba a Maximiliano que «cada día su proyecto tenía más partidarios en México». Una dudosa «votación de notables» circunscrita a las ciudades de Veracruz y México llegó a sus manos rogándole que aceptase.

Su decisión —tomada de antemano, a pesar de su aparente vacilación, por su propia biografía— le trajo complicaciones a principios de 1864 a causa de la dureza

de Francisco José: al aceptar el trono mexicano le exigía renunciar a todos sus derechos sucesorios. Pasaron semanas de una tensa y dolorosa correspondencia que implicó, además de a la familia, a otras casas reinantes. Había una especie de ominoso presagio en el apremio de Francisco José. Napoleón presionó a su vez: habían negociado el convenio que Maximiliano quería; a esas alturas, no podía desdecirse.

Desde el punto de vista de Napoleón, se había caminado un largo trecho. Y, en efecto, así ocurría: el gobierno de Juárez había abandonado la capital de México en mayo del año anterior y se había dirigido al norte. Un mes antes, tras 61 días de sitio a la ciudad de Puebla, el cuerpo principal del ejército juarista había sido derrotado y reducido a prisión: 20 generales (entre ellos Porfirio Díaz y Jesús González Ortega), 300 oficiales, 11.000 soldados. Los 30.000 soldados del ejército francés al mando del general Forey, habían ocupado la capital en junio. Se había integrado una regencia con los generales Salas y Almonte y el arzobispo Labastida. En julio, una asamblea de 215 notables había resuelto instaurar la monarquía y designado una comisión que, encabezada por el imprescindible Gutiérrez de Estrada, cumpliera *post mortem* los deseos de Alamán: «Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto a nuestro auxilio». En octubre, el eficiente general Aquiles Bazaine había reemplazado a Forey al mando de las fuerzas francesas. (Al volver Forey a París, Napoleón no permitió que hablara con Maximiliano y éste, increíblemente, no insistió en ver al único hombre que podía darle noticias frescas de México.) En octubre, la comisión se había entrevistado con Maximiliano. Entre noviembre y febrero, mientras en México los conservadores fabricaban listas de apoyo al emperador, el avance del ejército francés había sido incontenible: Morelia, Querétaro, Guanajuato, Guadalajara, Zacatecas. Corría el mes de marzo, y Maximiliano comprendió que era tarde para replegarse. La vacilación y la inseguridad formaban parte de su carácter, pero rechazar la oferta sería lo último que haría. México significaba la reivindicación de la triste experiencia en Lombardía-Véneto y, lo más importante, la cristalización de la vocación monárquica que el destino, en apariencia, le había negado. La existencia de la nación llamada México

resolvía la tensión de una persona con derechos divinos sobre la tierra llamada Fernando Maximiliano y de su esposa Carlota, que a todo lo largo de las negociaciones había sido la más firme abogada de su aceptación. La corona de México no era, como la de Grecia, «una mercancía rechazada por media docena de príncipes». Era la promesa de un gran imperio. Con lágrimas, Maximiliano recibió en Miramar a su hermano, con lágrimas firmó la renuncia exigida y con lágrimas lo despidió. Por fin, el 10 de abril de 1864, los miembros de la comisión mexicana arribaban a Miramar con las firmas requeridas. Tras el ditirámico discurso de Gutiérrez de Estrada sobre las raíces monárquicas y católicas de México que ahora Maximiliano vendría a vindicar, el futuro emperador leyó, con voz temblorosa y en español, su respuesta afirmativa: «con el voto de los notables de México» se podía considerar como elegido por el pueblo mexicano. Las garantías que siempre había considerado necesarias para el buen éxito de su misión existían también, gracias a la generosidad del emperador de los franceses. Por eso aceptaba la corona y trabajaría por la libertad, el orden, la grandeza y la independencia de México. Entretanto la bandera imperial mexicana ondeaba en aquel salón de Miramar, los miembros de la comisión gritaban sus consabidos ¡vivas! al emperador y la emperatriz. La emoción fue excesiva para la frágil constitución de Maximiliano: víctima de una crisis nerviosa, dejó que Carlota presidiera los festejos.

El Tratado de Miramar, firmado en esos mismos días, contenía una serie de estipulaciones relativas a los costos de los ejércitos de ocupación, las deudas, reclamaciones y obligaciones que asumiría el nuevo gobierno, los sueldos de la corte y otros renglones cuyo monto no guardaba la más remota proporción con el estado económico real del país. Habían sido establecidos sobre el papel, para un reino hipotético, poético. Esta circunstancia no pasó inadvertida a los sagaces miembros del gabinete de Juárez, que desde la ciudad de Monterrey en el norte seguían con detalle cada paso de la aventura. El análisis que en su *Revista Histórica* hizo entonces el ministro José María Iglesias, jurista de primera línea, fue tan cuidadoso como demoledor:

«Por el examen que hemos hecho del inolvidable Tratado de Miramar, se tiene en perfecto conocimiento que sus estipulaciones son de realización imposible ... por un lado ha habido perfidia, por el otro imbecilidad».

El sueño romántico comenzó el 28 de mayo de 1864, día en que la fragata *Novara* atracó en el puerto de Veracruz. Extrañamente, en la ciudad que supuestamente había votado por el imperio faltaban los arcos triunfales y los vítores. La recepción, según una dama de la corte de Carlota, fue «glacial». La Emperatriz lloró, pero Maximiliano pronunció un discurso que desmentía a la realidad:

«Mexicanos, vosotros me habéis deseado; vuestra noble nación por una mayoría espontánea me ha designado para velar de hoy en adelante por vuestros destinos. Yo me entrego con alegría a ese llamamiento».

En el trayecto a la capital, algunas ciudades de provincia se mostrarían más calurosas:

«770 arcos de ramas y flores cubrieron el trecho entre Puebla y la ciudad prehispánica de Cholula, para que los emperadores cruzaran por ellos. Por fin, luego de postrarse ante la imagen de la Virgen de Guadalupe, Carlota y Maximiliano hicieron su entrada triunfal en la ciudad de México. En Monterrey, Iglesias apuntaba: «El Imperio mexicano ha sido el resultado de un aborto. Enclenque, raquítico, destartado, tendrá una vida enfermiza y una temprana muerte».

A los ocho días de su llegada, se instalaron en el castillo de Chapultepec, al que darían una fisonomía nueva evocadora de Miramar. Era ya, de suyo, una metáfora de Miramar:

«un castillo sobre un monte arbolado. Faltaban un lago interior (que se construiría), los mármoles y muebles que pronto llegarían, y el mar,

pero lo suplía la extraordinaria vista del valle de México, con sus espejos de agua y sus canales, los múltiples campanarios del viejo centro colonial y de los pueblos circunvecinos y, sobre todo, los dos majestuosos volcanes. «Es el Schónbrun de México», alardeaba Maximiliano a su hermano menor, el archiduque Carlos Luis, recordando el lugar donde ambos habían nacido: «un encantador palacio de placer sobre una roca de basalto rodeado por los gigantescos y famosos árboles de Moctezuma, y desde el cual se ofrece una perspectiva de tal hermosura, que quizá sólo haya contemplado otra tan bella en Sorrento».

Muy pronto, en la vida cotidiana del emperador comenzó a operarse un proceso de mimesis: se vestía a la usanza de los «chinacos» mexicanos, los típicos liberales, con sombrero ancho, chaqueta corta, calzonera y pantalón abierto desde las rodillas con botonadura. Paseaba como cualquier paisano, a caballo y sin boato. Quería demostrar su mexicanidad y su liberalidad. El no venía como emperador de los conservadores sino de los mexicanos. Quería granjearse a los liberales porque él mismo era liberal y porque, como le había aconsejado su suegro Leopoldo: «los católicos *bon gré mal gré* tienen que serte adictos». Entonces dio en escribir cartas idílicas a amigos y familiares, cartas que convencieran a toda Europa —o al menos a Francisco José de que México era un remanso de paz:

«En Chapultepec estamos solos y muy retirados y vivimos todavía más tranquila y sencillamente que en Miramar. Por lo demás también en la ciudad damos muy pocas comidas, comemos casi siempre solos y por la noche no vemos a nadie. Esto lo exige, gracias a Dios, el serio carácter de los mexicanos, una cualidad que me viene muy bien y que me deja mucho tiempo para el verdadero trabajo. .Las llamadas diversiones europeas como *soirées*, chismorreos de té, etc., de horrible recuerdo, no se conocen aquí en absoluto y nos cuidaremos mucho de introducirlas. La única diversión del mexicano es pasearse en un excelente caballo por su hermosa campiña y, de vez en cuando, visitar los teatros; a esto último

yo renuncio, naturalmente, también. En el gran teatro, uno de los más hermosos del mundo, hay ahora, por lo demás, una excelente compañía de ópera italiana. También se dan rara vez bailes y si tienen lugar algunos, son muy hermosos y animados, y entonces la sociedad elegante y rica de aquí baila con verdadera pasión un baile nacional que es lo más encantador que se puede ver y que la condesa Melanie Zichy, según ella dice, quiere introducir en Viena. Carlota tiene catorce damas de palacio, sin sueldo, que todas las semanas alternan en el servicio, pero a las que, por supuesto, casi nunca se ve».

A principios de agosto de 1864, mientras el ejército de ocupación avanzaba hacia el norte y el occidente, Maximiliano emprende su primer viaje al histórico Bajío: el granero de México, el escenario de la guerra de Independencia. Visitó Querétaro, Guanajuato, León («el Manchester de México») y Morelia («muy liberal y por eso tanto más digna de ser conocida»). En una comida, para perplejidad de sus contertulios, pidió que se cantara *Los cangrejos*. En el trayecto paró en la hacienda de Corralejo, lugar de nacimiento de Hidalgo, y ordenó *in situ* la edificación de un monumento que advirtiera «detente caminante, has llegado a...». El 16 de septiembre llegó a Dolores y a las once de la noche, desde la ventana del cura, pronunció un discurso. «Puedes imaginarte», le escribió a Carlos Luis, «cómo me embarazó esto ante una masa de gente apiñada y silenciosa. Gracias a Dios todo salió bien y el entusiasmo fue indescriptible.» Tiempo después, Maximiliano ordenaría que se pintasen cuadros con la efigie de los héroes de la Independencia para colgarse en palacio. Aquel 16 de septiembre, Juárez celebraba la Independencia en un rancho del estado de Coahuila, mientras se disponía a replegarse más al norte aún, a Chihuahua. «Las sentidas palabras del presidente», escribía Iglesias, «conmovieron a los concurrentes. Después del discurso, entonaron los soldados canciones patrióticas que alternaban con danzas populares.» El himno nacional, en esas voces, adquirió una nueva significación: no era la ópera de la guerra, era la guerra.

Además de mexicano, Maximiliano debía probar que era liberal y para hacerlo no había sino un camino: tomar distancia con respecto al Partido Conservador y a las exigencias del Vaticano. «Lo peor que he encontrado en este país lo forman tres clases: los funcionarios de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero.» Para resolver lo primero ordenaría la redacción de códigos y la remoción de los ineptos. Con los segundos sería más drástico: enviaría a Miramón a Berlín a estudiar artillería, y a Márquez a... Jerusalén, a fundar un convento franciscano. En lugar de Almonte, el puesto clave de relaciones exteriores en su gabinete lo tendría el licenciado Fernando Ramírez, un liberal moderado. En cuanto al clero, había que ser aún más drásticos: «todo lo que se ha dicho sobre el clero y su avasalladora influencia es falso, la gente de sotana es mala y débil y la enorme mayoría del país es liberal y pide el progreso en el sentido más completo de la palabra». Nunca se le ocurrió sacar las conclusiones de esa convicción: si todo México era liberal, y el liberalismo encarnaba legalmente en Juárez, ¿cuál era el papel de Su Majestad?

Seguir soñando: firmar un concordato con el Vaticano sobre la base de una confirmación de las leyes de Reforma. El nuncio al que Maximiliano aguardaba con ansiedad llegó por fin, pero no tenía el «buen corazón cristiano ni la voluntad de hierro» que esperaba, o la tenía más bien para transmitir el pesar de Pío IX sobre su iglesia «defraudada» y un repudio total a las ideas reformistas del desconcertante emperador. A las dos semanas del arribo del nuncio, en la navidad de 1864, Maximiliano rompía con él y confirmaba la libertad religiosa y la nacionalización de los bienes del clero decretada por Juárez en Veracruz. Las bulas y demás documentos provenientes de Roma debían pasar por el ministro de Justicia y Negocios Extranjeros. Entre el gabinete juarista, estas medidas provocaban alegría y sorna: significaban el «más espléndido triunfo» de las conquistas de la Reforma, mostraban la solidez de los principios adoptados y una «censurable ingratitud» del «llamado emperador» con «los autores de su elevación». A la luz del análisis frío de los factores internos y externos en juego, cada vez parecía más claro, escribía Iglesias, que Maximiliano acabaría por sucumbir: «desengañado y arrepentido, abdicará para retirarse a Miramar, o caerá con sus escasos partidarios, terminando así su gobierno



efímero que hasta ahora sólo se ha hecho notable por su inacción». Cinco posibilidades, o su combinación, precipitarían la caída: un conflicto europeo que provocara una guerra en la que Francia tuviese que intervenir; la retirada del ejército francés por la imposibilidad del tesoro imperial de sostenerlo; la muerte de Napoleón III; la reivindicación de la doctrina Monroe por parte de los Estados Unidos y «la prolongación indefinida de la guerra que sostienen los mexicanos amantes de la independencia y de la República».-Maximiliano no entreveía un destino semejante. Por el contrario: soñaba en expandir el Imperio mexicano hacia el sur, a Centroamérica, para que abarcase los territorios que había comprendido durante el primer Imperio, el de Iturbide. Los avances del ejército francés en Nuevo León y Tamaulipas presagiaban en su mente el fin de Juárez. La desordenada Hacienda llegaría a estabilizarse. México no era un país invadido por un ejército, todo lo contrario, era lo que Maximiliano quería' que fuese: «Vivo en un país libre, entre un pueblo libre», escribía a su hermano menor, exaltando siempre su circunstancia con respecto a la decadente que había dejado atrás:

«Si México está atrasado en muchas cosas, si le falta bienestar y desarrollo material, en cambio, en las cuestiones sociales, más importantes a mi juicio, estamos más adelantados que Europa y, en particular, que Austria. Aquí entre nosotros reina una democracia sana, sin fantasías enfermizas al estilo de Europa...».

«Carlotita», como le decían las damas de la corte, recibía y organizaba bailes los lunes. Para ella, más que para Maximiliano, representaban una delicia los saraos en las terrazas de Chapultepec. En más de una ocasión, un cañonazo al pie de palacio interrumpió el festejo. Para Maximiliano aquellos estallidos no significaban nada. 1864 moría con los mejores presagios. En Chihuahua, donde el gobierno constitucional se había refugiado, Iglesias estaba de acuerdo: «1865 nace lleno de mil promesas halagüeñas ... un porvenir rico en esperanzas nos anuncia el desenlace feliz de la segunda guerra de nuestra Independencia».

Napoleón III advirtió muy pronto que se había involucrado en un mal negocio. Los resultados no cuadraban con las expectativas. El juarismo podía ser, como le decía Carlota a Eugenia, «la forma más horrible de la demagogia», pero el hecho es que la pacificación no se completaba. Ciertamente que en febrero Bazaine había logrado la rendición de Porfirio Díaz en Oaxaca y capturado 4.000 hombres y 60 cañones, pero a un costo inmenso. En regiones aparentemente pacificadas, la lucha recomenzaba en la forma que había imaginado Ocampo para 1847: con la guerra de guerrillas. El 1 de enero, en un «manifiesto a la nación», Juárez había advertido que ese costoso y caótico ir y venir de los 27.000 franceses y sus aliados sólo acercaba el día del triunfo. Por lo demás, en el campo juarista (siempre bien informado por la prensa y por el acucioso representante en Washington, el oaxaqueño Matías Romero), desde hacía semanas se esperaba el gran acontecimiento: la derrota definitiva del general confederado Lee en Richmond. A principios de abril de 1865, la Unión había triunfado.

Como lo había previsto Iglesias, ése sería, a la postre, un factor fundamental en el repliegue francés. Napoleón, cada vez más desilusionado con las noticias financieras del Imperio, empezó a considerar un desembarazo parcial en la aventura. Por su parte, Maximiliano se inquietaba poco: con persuasión y buena fe, el Imperio lograría granjearse las simpatías del sucesor de Lincoln. Había, además, asuntos internos de suprema urgencia: decretar la nueva subdivisión del país en departamentos, planear el estudio de letras clásicas y filosofía, crear proyectos de colonización y, sobre todo, atender a sus verdaderos partidarios:

«los mejores son y siguen siendo siempre los indios; para ellos he promulgado ahora una nueva ley que crea un consejo que deba ocuparse de ayudarlos atendiendo a sus deseos, quejas y necesidades»

«Los indios», observaba un viajero de la época, «manifestaban al emperador en todas partes un fanático entusiasmo.»

Tenían razón. Por primera vez, desde los remotos tiempos de los emperadores Austrias, los pueblos y las comunidades contaban con el oído de la autoridad para

plantearle sus problemas en sus términos, no los del derecho romano de propiedad, sino los del derecho divino que sentían tener sobre sus tierras. En la zona de haciendas azucareras cercanas a las ciudades de Cuernavaca y Cuautla, habían ocurrido años atrás matanzas de hacendados y administradores españoles no vistas desde los días de la Independencia. Maximiliano conoció esas tensiones e intentó resolverlas. Sabía que algunos de esos pueblos guardaban títulos de propiedad emitidos por los primeros virreyes de la Nueva España en representación de la Corona española, además de testimonios y mapas con deslindes precisos que las haciendas habían atropellado. Con el tiempo, aquel consejo integrado por Maximiliano emitiría dos decretos notables: uno reconocería la personalidad jurídica de los pueblos para defender sus intereses y exigir a los particulares la devolución de sus tierras y aguas; otro ordenaba la restitución de tierras a sus legítimos dueños, además de la dotación a los pueblos que la necesitaran. No lo impulsaba un motivo socialista, más bien lo movía el viejo espíritu paternal de sus antepasados.

Lo más extraño de todo es que Maximiliano sabía que su situación militar se deterioraba tan rápido como sus finanzas. Las guerrillas y contingentes juaristas renacían en Michoacán, Jalisco, Sinaloa, Nuevo León. Ninguna conquista duraba. La suya era una ceguera parcial. Sus reclamos y cartas al respecto no eran los textos de un iluso o un tonto. Tiene datos concretos y fidedignos sobre su posición en el tablero, pero los ve de reojo o no parece extraer de ellos las conclusiones lógicas. Los ve para imaginar de inmediato la providencial solución que revirtiera el estado de cosas: sustituir a Bazaine, tomar él mismo las riendas de la Hacienda. Pero sobre todo, había que seguir el libreto. Pensar en la sucesión,' por ejemplo. Su esterilidad lo forzaba a tomar decisiones imprevistas, y así, discurrió la idea de ungir heredero al trono a un pequeño nieto de Agustín de Iturbide. El hecho de que la madre del niño, norteamericana, se negara a abandonar a su hijo importaba poco: se le envió a París. El futuro Agustín II viviría en palacio. En Chihuahua, Iglesias se burlaba de aquel vínculo con el «desventurado héroe de Iguala»:

«El hecho en sí es en alto grado insignificante. El usurpador puede crear cuantos príncipes, duques, condes y marqueses tenga por conveniente, puesto que hay la seguridad de que esos títulos rimbombantes sólo servirán para poner cada vez más en ridículo a la improvisada nobleza que así se establezca, a la que la falta de todos los antecedentes de las europeas impedirá que llegue a constituir un verdadero cuerpo aristocrático, y para la que vendrá bien pronto el desengaño de que no ha servido sino para representar un papel absurdo en la farsa imperial».

Mientras la realidad externa e interna, como admirablemente había previsto Iglesias, se volvía contra él, Maximiliano acentuó el aliento romántico de su empresa. A fines de agosto escribía a su suegro, el rey Leopoldo, una carta en la que por primera vez entrevé la posibilidad de su fracaso, pero la envuelve en un halo de honor que sus hermanos —siempre sus hermanos— debían envidiar:

«Me gusta el trabajo duro, pero me gusta también que sea reconocido, quiero ver resultados y esto faltaba por completo al otro lado del océano, en tanto que aquí los veo en medida creciente. Mis últimas excursiones y la fiesta de nuestro gran día nacional (16 de septiembre) me han proporcionado en este sentido verdadero consuelo. Por eso no me entrego a ninguna ilusión, el nuevo edificio en el cual trabajamos puede derrumbarse con las tormentas, yo puedo perecer bajo él, pero nadie me puede privar de la conciencia de haber colaborado con buena voluntad a una idea noble y esto es siempre mejor y más consolador que pudrirse en la vieja Europa sin hacer nada».

Llegó el 16 de septiembre. Lo fundamental seguía allí: su vínculo con Napoleón —más allá de las mil reconvenciones, críticas, consejos y veladas advertencias que recibía de éste— y su sincero deseo de dar felicidad al pueblo que, como al pequeño Agustín, había adoptado. En su discurso, Maximiliano habla ya como un patriota mexicano, como los patriotas mexicanos que luchaban contra él:

«Mi corazón, mi alma, mi trabajo, todos mis leales esfuerzos son para ustedes y para nuestra querida patria. Ningún poder en el mundo podrá desviarme del

cumplimiento de mi misión; toda mi sangre es ahora mexicana y si Dios permitiese que nuevos peligros amenazasen a nuestra querida patria, me veréis luchar en vuestras líneas por vuestra independencia e integridad».

En opinión de Iglesias, Maximiliano hacía un uso ilegítimo de la independencia: «mal sienta al que se ha ofrecido de instrumento para venir a destruirla, aparecer como panegirista de ella». Reprobaba también la reciente develación de una estatua de Morelos en la plaza de Guardiola. Sus elogios a Morelos «son un contrasentido en su boca». Al mes siguiente, un durísimo decreto sugerido por Bazaine desmiente las lisonjeras promesas del emperador: todo aquel que «perteneciese a bandas armadas» sería ejecutado en consejo de guerra. Equivalía a otorgar a Bazaine facultades discrecionales sobre la vida y la muerte de la población civil. Bazaine — que para entonces se había casado con una joven y guapa mexicana y a ese idilio dedicaba sus crecientes ocios— las usó para fusilar con liberalidad. La medida no disuadió a los juaristas, pero Maximiliano pensó que había que paliarla con la clemencia. Después de todo, a su parecer, estaban casi vencidos. ¿No se había retirado ya Juárez del territorio nacional? ¿No había cruzado ya la frontera en Paso del Norte? La causa que «con tanto valor sostuvo don Benito Juárez ha sucumbido no sólo a la voluntad nacional sino ante la ley que este mismo caudillo invocaba en apoyo de sus títulos». Entonces su sueño entró en una nueva región de fantasía: llamó a Juárez para «venir y ayudarme fiel y sinceramente». Niox, capitán del estado mayor del ejército francés, escribiría:

«La preocupación constante del emperador Maximiliano ... era atraer a su lado a los disidentes liberales, a Juárez mismo si era posible. Viviendo de ilusiones, no desesperaba de llegar a este resultado, y se inclinaba más y más hacia el partido que la intervención francesa había combatido en México, mientras se alejaba de sus primeros y más fieles partidarios».

A juicio de Maximiliano, Juárez estaba arrinconado. Al volver a ampliar su periodo presidencial el 1 de diciembre de 1865 se había distanciado de muchos de

sus partidarios y colaboradores. Su estancia en Chihuahua había sido efímera. De nuevo vivía en Paso del Norte. Si la República era él, la República tenía un palmo de territorio. Había que tenderle la mano, ofrecerle la presidencia del Tribunal Supremo. De pronto, llegaron tristes noticias de Bélgica: había muerto el rey Leopoldo. Su última carta decía:

«en América hace falta el éxito, todo lo demás es pura poesía y pérdida de dinero».

Febrero de 1866. Maximiliano pasa largas semanas en su lugar de descanso favorito: Cuernavaca. Se había enamorado de «la india bonita», una mujer de apellido Sedaño. Pero en esta ocasión venía con Carlota —que le narraba su ascenso a la Pirámide del Adivino en su reciente viaje a Uxmal, la zona maya en Yucán— y con el pequeño Agustín. Se hospedaba en una espaciosa quinta, en medio de un jardín frondoso, frente a uno de los paisajes de mayor belleza que «había visto en la tierra»:

«Figúrese usted», describía el lugar a su vieja amiga la baronesa Binzer, «la divina llanura de un ancho valle que se" extiende ante usted como un manto de oro, a su alrededor varias filas de montañas que se sobreponen unas a otras en las formas más atrevidas, matizadas con las tintas más maravillosas, desde el más puro rosado, desde el púrpura y el violeta hasta el más oscuro azul celeste, las unas quebradas e intrincadas se elevan roca sobre roca y se parecen a las costas de Sicilia, las otras se alzan cubiertas de bosque como las verdes montañas de Suiza, y detrás de todo eso, destacando en el azul oscuro del cielo, los gigantes volcanes con sus cumbres cubiertas de nieve. En el manto de oro imagine usted en todas las estaciones del año o, mejor dicho, durante todo el año, pues aquí no hay estaciones, una abundancia de vegetación tropical con su embriagador aroma, con sus dulces frutos y añada a esto un clima tan benigno como el mayo italiano y unos habitantes hermosos, de carácter amable y honrado».



Carlota, 1866

Entre las innumerables fuentes, los «mangos seculares», las «espesas copas de naranjos», en «nuestras cómodas hamacas», mientras «pintados pajarillos nos cantan canciones, nos mecemos en nuestros sueños». El mayor de ellos era el de creerse adoptados por la tierra mexicana. De las dos palabras «Imperio mexicano», Carlota pensaba en la primera, Maximiliano en la segunda. «La vida en México vale la pena de luchar ... el país y el pueblo son mucho mejor que su fama», escribió a un conde amigo suyo, «y usted se admiraría de lo bien que vivimos entre este pueblo la emperatriz y yo, ya del todo mexicanizados.» Meciéndose en las cómodas hamacas de la vieja casona colonial del minero Borda, soñaban sueños distintos: ella un sueño de poder, Maximiliano un sueño de amor por la tierra que habían adoptado.

Al paraíso llegaron noticias infernales. El 15 de enero, Napoleón había resuelto el retiro de sus fuerzas de México. La evacuación debía completarse en un año. Las circunstancias internacionales lo exigían así: la presión norteamericana, la amenaza de Prusia, la opinión pública en Francia, el despilfarro financiero del Imperio. Ante el golpe, Maximiliano vacila. ¿Apoyarse en Inglaterra? ¿Abdicar? Es el momento en que cobra relevancia Carlota. Ella iría a Europa y persuadiría de nueva cuenta a

Eugenia, a Napoleón, hablaría con el Papa. Max seguiría atendiendo a los negocios del Imperio, promulgaría el Código Civil. Antes de partir, Carlota le escribiría reflexiones que dibujan con claridad su temple, tan distinto del de su esposo. Toda la experiencia de los reyes europeos, todas las enseñanzas de su propia estirpe — que Carlota sabía de memoria— apuntaban a una lección: abdicar, nunca. Su abuelo, Luis Felipe, había querido «evitar el derramamiento de sangre, fue indirectamente responsable de la sangre que se derramó en Francia»:

«Pues bien, ahora digo yo: Emperador, ¡no se entregue usted prisionero! En tanto que haya aquí un emperador, habrá un Imperio, incluso aunque sólo le pertenezcan seis pies de tierra. El Imperio no es otra cosa que un emperador. Que no tenga dinero no es una objeción suficiente, se obtiene crédito, éste se obtiene con el éxito y el éxito se conquista. Y si no se tuviese crédito ni dinero, se podría obtenerlos porque se respira y no se debe desesperar de uno mismo. Decir de una cosa que se ha emprendido y que se ha considerado posible que, finalmente, se la ha encontrado imposible nadie lo creerá. Añadir que no se retira porque se podía hacer la felicidad de una nación y que se tiene conciencia de lo contrario, significa darse a sí mismo una bofetada; además es una mentira cuando, en realidad, se es para esta nación la única áncora de salvación. Resultado: el Imperio es el único medio de salvar a México; debe hacerse todo para salvarlo porque uno se ha obligado a ello por juramento y palabra, y ninguna imposibilidad lo desliga de ese juramento. Como la empresa sigue siendo realizable el Imperio debe ser conservado y si es necesario defendido contra todo aquel que lo ataque. La expresión "demasiado tarde" no se puede aplicar aquí, pero sí la de "demasiado temprano"».

Como nunca antes, en estas palabras de Carlota se revelaba el sentido histórico de la aventura mexicana. La biografía del poder a la que pertenecían Maximiliano y Carlota no era la biografía del poder mexicana, sino la antiquísima biografía de las coronas europeas que a mediados del siglo XIX entraban en una lenta pero irreversible declinación. Una a una se desvanecerían las dinastías, surgirían en Italia y Alemania los estados nacionales y las repúblicas en Francia y España. Austria-



Hungría e Inglaterra serían islas en las que la aristocracia resistiría. La primera, amenazada desde dentro por la disgregación; la segunda, segura en su antiquísimo sistema parlamentario. En ese cuadro de decadencia, los príncipes sin trono padecían más que nadie el apremio de la historia: llamados a reinar en un tiempo democrático y republicano que les volteaba la espalda, se sentían figuras vivientes de un museo de cera. Por eso Carlota se negaba con furia a la abdicación: la vivía como la derrota y la deshonra de su dinastía.

Pero ¿qué tenía que ver México con este drama específicamente europeo? Los problemas mexicanos eran otros, sobre todo la difícil integración de un estado político y de un mercado económico, la construcción de una nación a partir de una somnolienta colonia y un pasado reciente de caos, penuria y desintegración. ¿Por qué tenía que pagar México el segundo embarazo de la archiduquesa Sofía, madre de Francisco José y Maximiliano? Carlota nunca se hizo esas preguntas. A fines de 1865 había criticado a Juárez por reelegirse *in saecula saeculorum* pero no veía la irregularidad de su propia posición. Tampoco Maximiliano. Es extraño que no pusiesen en duda la *legitimidad* de su misión. Finalmente, en julio de 1866, Carlota viajó a Veracruz y se embarcó a Europa. En los campamentos liberales la noticia corrió como un reguero de pólvora, acompañada de una canción escrita por Vicente Riva Palacio:

Alegre el marinero  
con voz pausada canta  
y el ancla ya levanta  
con extraño fulgor,  
la nave va, en los mares,  
botando cual pelota,  
adiós, mamá Carlota,  
adiós, mi tierno amor.

De la remota playa  
se mira con tristeza,  
la estúpida nobleza  
del mocho y del traidor,  
en lo hondo de su pecho  
presiente su derrota,  
adiós, mamá Carlota,  
adiós, mi tierno amor.

Acábanse en palacio  
tertulias, juegos, bailes,  
agítanse los frailes  
en fuerza de dolor,  
la chusma de las cruces  
gritando se alborota,  
adiós, mamá Carlota,  
adiós, mi tierno amor.

Murmuran tiernamente  
los tristes chambelanes,  
lloran los capellanes  
y las damas de honor,  
el triste Chucho Hermosa  
canta con lira rota,  
adiós, mamá Carlota,  
adiós, mi tierno amor.

En tanto los chinacos  
que ya cantan victoria,  
guardando en su memoria

ni miedo ni rencor,  
gritan mientras el viento  
la embarcación azota,  
adiós, mamá Carlota,  
adiós, mi tierno amor.

«Supongo que estará muy triste», escribió irónicamente Juárez a un gobernador leal, «por la retirada de mamá Carlota ... Esta retirada precipitada de la llamada emperatriz es un síntoma evidente de la disolución del trono de Maximiliano.»

Mientras la nave de Carlota iba por los mares y el ejército francés hacía maletas para seguirla, las tropas juaristas tomaban un impulso que ya no perderían. Mariano Escobedo y varios jefes liberales avanzan desde el norte, Porfirio Díaz desde Oaxaca en el sur, Ramón Corona en el occidente, Regules y Riva Palacio en Michoacán. A sus treinta y cinco años, en promedio, casi todos son veteranos de la Reforma. Ahora ven cerca la victoria. Sienten que será suya: de la espada, no de la pluma.

En Europa, Carlota se entrevista con Napoleón, vuelve a Italia y a Miramar. En Napoleón ve a Mefistófeles: con evasivas ha determinado no enviar «ni un hombre ni un centavo más», ha faltado a su promesa, ha deshonrado a Francia, los ha abandonado. Por las noches, Carlota lee el Apocalipsis de San Juan. El 9 de septiembre escribe a su «tesoro entrañablemente amado» una carta delirante, memorable, una carta que ya sólo habla del luminoso futuro del Imperio mexicano pero que en realidad pertenece a la historia crepuscular de los imperios europeos. Con ella, Carlota dejaba a Max un perentorio consejo final, una pauta de honor:

«Considero», escribió al Emperador, «la cesación de la directa tutela [de Francia] como una gran suerte, tan grande que puede compensar la falta de ayuda material y de dinero. México es aliado [*sic*] de Francia y cuanto peor se porte el gobierno tanto más se interesará la nación que se ha opuesto a la idea de la violencia y que tiene el mayor interés en el éxito de su comercio ahí. Sé de

buena fuente que también los Estados Unidos te reconocerán en cuanto vean que eres el soberano independiente de México, pues la doctrina de Monroe no se opone a los imperios. Tan pronto como el partido liberal de México vea que tú te quedas en el país se someterá a ti en bloque y entonces cesará todo motivo para que los Estados Unidos y Europa desconfíen de una monarquía fundada en la voluntad del pueblo. La nación mexicana cesa de existir en el momento en que tú la abandones y no se pueda gobernar ya independientemente. Juárez representaba a la nación hasta tu llegada, desde aquel tiempo eres tú el defensor de la independencia y de la autonomía de todos los mexicanos, pues sólo tú reúnes en tu mano los tres colores de los partidos de que está formado el pueblo: blanco el clero, como príncipe católico, verde los conservadores y rojo los liberales. Nadie, excepto tú, puede unir estos elementos y gobernar, y su sentido es todavía, como en los días de Iguala, única y exclusivamente la independencia de los mexicanos. Los liberales han visto ahora lo suficiente de ti, deben reconocer, con su sometimiento, la voluntad nacional que se manifestó con tu elección, pues hace tiempo que eres un príncipe elegido legítimamente. No se debe poner en duda el pasado con una nueva elección. No es necesario; por medio de los conservadores debes someter a todos los demás partidos. Es tu derecho y tu deber. Con la nación salvas también a los liberales, ellos te deben estar agradecidos. Como individuos hace tiempo que te aman, como partido deben ceder y cesar de existir. A ti... [te pertenece] la bandera, eres la nación. "El soberano", como decía Juárez. Hay que decir, pues, con toda claridad a todos: yo soy el emperador, nadie necesita un presidente, un hijo de emperador no se llama presidente e introducir en forma moderna la monarquía con todo el respeto que le es debido. Ante ti debe inclinar la cabeza, pues la república es *une marâtre comme le protestantisme* y la monarquía es la salvación de la humanidad, el monarca es el buen pastor, el presidente el *mercenaire*, con esto está dicho todo. Tan pronto como esté resuelta la tarea de unir a los mexicanos en todas partes, tropas se necesitan pocas cuando cese la rebelión y tú estés entonces ante el mundo apoyado en tu pueblo ... Los restos de los "chinacos" se podrían emplear, como en Italia los garibaldinos, para una especie de milicia o de vanguardia de la nacionalidad contra ataques enemigos, sólo ocupándolos en algo desaparecerán. Yo no hablo aquí de los bandidos, sino de los defensores de

la idea que toma cuerpo en la exclusión de los extranjeros. En Italia estas gentes son mantenidas por el gobierno dentro de ciertos límites y empleadas para fines italianos, son una fuerza de la nación. Hay que aprovechar los elementos que se tengan, pero en este caso estaría bien que los franceses empezasen pronto a evacuar. Si tiene éxito todo esto, como lo debe tener, la emigración afluirá de América y de Europa y *tú tienes el más hermoso imperio del mundo, pues México debe heredar y heredará, en mayor medida, el poderío de Francia*. Pero esto sólo sucederá consolidando el imperio con mexicanos. *Durante años enteros Europa estará en convulsiones, Austria perderá todos sus países*. Las dinastías de Prusia y Portugal robarán países, tú no puedes estar a la cabeza de ninguno de estos procesos de unión, que si, finalmente, favorecen a los pueblos, son indignos para sus autores. Y ninguna- de esas naciones, Alemania y Constantinopla, ni Italia ni España serán lo que México llegará a ser si tú solo trabajas por tu imperio».

Días más tarde, Carlota enloquecía en el Vaticano. *In articulo mor-tis*, se despide de Maximiliano. Moría y no moría. Hay quien asegura que por ese tiempo Carlota dio a luz al hijo que concibió con Alfred Van der Smissen, jefe de la expedición belga en México. Este hijo sería el gran mariscal francés Máximo Weygand. A su internación en un manicomio austríaco seguiría la reclusión en un castillo de su natal Bélgica. Moriría décadas más tarde, en 1927, después de Juárez, Max, Porfirio, Francisco José, Pío IX, Eugenia, Napoleón, Bazaine y todos, los personajes de su tragedia. Pero ella no lo sabría. Seguía hablando del Imperio mexicano con el muñeco de trapo al que le decía Max o con el corazón de Max que atesoraba junto a ella.

Enfermo, desamparado, Maximiliano se dispone a abdicar. Viaja a Orizaba. Sabe ya de la locura de su mujer. ¿Quién lo aconsejaría ahora? Nadie, todos. Ha accedido a que el pequeño Iturbide vuelva con su madre. Ha anulado la ley del 3 de octubre. «Salgan, salgan de ese país», le aconseja un fiel amigo, Herzfeld, desde La Habana, «que dentro de algunas semanas será el teatro de la más sangrienta de las guerras civiles.» Pero para entonces Maximiliano ha vacilado de nuevo. No se

iría sin dejar el país en orden y paz. Los caudillos conservadores que han vuelto, Miramón y Márquez, terminan por persuadirlo. El bravo cacique de los indios de San Luis Potosí, Tomás Mejía, seguía a su emperador. Con él levantarían ejércitos, revertirían el destino. Maximiliano vuelve a la capital: ahora es el último caudillo del último *encoré* de un drama concluido: el de la Reforma.

El 5 de febrero, el día del décimo aniversario de la Constitución de 1857, salen de México los últimos soldados franceses. Desde Puebla, Bazaine pide a Maximiliano que lo acompañe. El emperador se niega. Pesa en su ánimo una carta de su madre en la que ésta aprobaba «*enteramente*» la decisión de Maximiliano de quedarse, pues así evitaba la «*apariencia*» de haber sido expulsado:

«Los ojos se me llenaron de lágrimas. El emperador lo notó y creo que adivinó la causa ... *Y a pesar de todo debo desear ahora que permanezcas en México todo el tiempo posible y que puedas hacerlo con honor*».

El fin de Maximiliano tuvo todos los elementos de la tragedia. «Ahora soy general», escribía, como siempre, a sus amigos en Europa, «en servicio activo y en el campamento, con botas altas, espuelas y sombrero ancho. No conservo de mis arreos de almirante sino el antejo, el cual no me abandona nunca.». Tenía accesos casi infantiles de esperanza, se refería con respeto «al valor y la virilidad del jefe de los liberales», había encontrado una salida honrosa a su drama personal. Por decisión colectiva de un consejo de Estado integrado por cinco letras «M» (Miramón, Mejía, Méndez, Márquez y el propio Maximiliano), las fuerzas conservadoras se replegaron a la ciudad de Querétaro, que por 70 días fue sitiada. Las fuerzas de refresco que en un momento había prometido Márquez, vencidas por el general Porfirio Díaz en Puebla, no llegarían nunca por ello y por el cálculo egoísta de Márquez, quien moriría en su cama... en 1913, casi 50 años después que sus compañeros. Hasta ese momento, Maximiliano se había dejado llevar por alegrías pasajeras y aparentes victorias, pero la inacción de Márquez lo quebró. Entonces busca desesperadamente el encuentro de «la bala salvadora». La defección de un coronel López, a quien había hecho «compadre», precipita su captura. La

traición le duele menos que escuchar a lo lejos, en los campos liberales, *Adiós, mamá Carlota*. Mariano Escobedo recibe su espada: ofrece su sangre para no derramar más sangre. Desde San Luis Potosí, Juárez ordena un proceso militar contra Mi-ramón, Mejía y Maximiliano. (Méndez había sido muerto.) Todos los reos cuentan con abogados de primera línea, abogados liberales. Maximiliano no acude al juicio. Le niega jurisdicción. En un momento consideró la fuga: regresaría a Miramar, escribiría la historia de su reinado. Pero luego pensaba en Mejía, en Miramón, en el ultraje al honor que cometería y hasta en la simple y llana imposibilidad de ocultarse: ¿quién en México no reconocería sus doradas barbas? Prefiere escribir varias cartas y telegramas a Juárez:

«os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, a que mi sangre sea la última que se derrame; así como también, a que consagréis aquella perseverancia que condujo vuestra causa a la victoria ... al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez a este desgraciado país la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables».

Su desprendimiento era sincero, pero confiaba aún en la clemencia de Juárez. A ella apelarían gobiernos europeos, el representante norteamericano y hasta el propio campeón del liberalismo italiano: Garibaldi. No faltó la seductora princesa que se echara a sus pies. Tampoco la súplica de la mujer de Miramón: «le toqué el corazón como padre y como esposo ... nada movió aquel empedernido corazón, nada llegó a enternecer a aquella alma fría y vengativa». «No soy yo quien los condena», dijo siempre, «es la ley, es el pueblo.» Maximiliano se resigna. No ve su responsabilidad en las querellas del «desgraciado país». Sus buenas intenciones lo ponen, como infante mimado de la historia, por encima de las responsabilidades. Escribe cartas de despedida. Arregla aún los mínimos detalles. A su médico de cabecera le ha comentado: «Estoy contento: Altamirano me ha dicho que el gobierno liberal dejará vigentes algunas de mis leyes». Un extraño aplazamiento de la orden revive exiguas esperanzas por tres días. Finalmente, el 19 de junio de 1867,

en el Cerro de las Campanas que mira a la ciudad de Querétaro, el emperador de treinta y cinco años alcanzó la más mexicana de las muertes: cayó ante un pelotón de fusilamiento.

Mientras en Miramar Carlota hablaba sin cesar del «soberano del universo», la carroza negra de Juárez llegaba a Querétaro. Se dice que Juárez bajó a los sótanos del convento de las Cruces donde yacía el cadáver de su enemigo y comentó:

«Tenía cortas las piernas».

La tragedia de Carlota y Maximiliano alimentaría la imaginación literaria de varias generaciones de dramaturgos, novelistas, poetas y cineastas en Europa y América. Un contemporáneo, Franz Werfel, escribiría una pieza teatral; el cine de Hollywood le dedicaría una película; Malcolm Lowry conjuraría a los espíritus de Carlota y Maximiliano en su maravillosa novela, *Bajo el volcán*, escrita en el mismo paraíso de Cuernavaca donde, meciéndose en su hamaca, el emperador tejía sus sueños. Paradójicamente, ambos lograron al morir lo que tanto desearon en vida: hacerse mexicanos. En ningún lugar como en México persistiría el mito de la desdichada pareja imperial. Y el halo casi onírico de su leyenda los ligaría, en la frágil memoria occidental, a la historia mexicana, dándoles un sitio y un recuerdo que muchos de sus contemporáneos europeos —príncipes, duques, archiduques y emperadores— no tendrían.

Referencia bibliográfica:

KRAUZE, Enrique. “El más hermoso imperio del mundo”. Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910), México, Tusquets Editores, 1994, pp. 249-274.



## Dictador democrático

El 15 de julio de 1867, después de cuatro años de peregrinaje con la República a cuestas, Juárez entró en la capital. Semanas antes había sido ocupada por las fuerzas del brillante general oaxaqueño de treinta y siete años y 37 batallas en su haber: «nuestro Porfirio», como Juárez le decía. Aunque los capitalinos vitorearon al presidente igual que habían vitoreado a Maximiliano o a Santa Anna, esta vez flotaba en el aire la convicción de que el país había entrado de verdad en una nueva etapa histórica: en su «segunda Independencia». La querella ideológica y militar en torno a los dos proyectos de nación que Mora y Alamán habían anunciado se terminaba para siempre. Al agotarse tras la derrota militar su última opción histórica —la importación de un monarca europeo— el Partido Conservador de los Alamán y los Miramón y del «cura» de Maravatío (centralistas, militaristas, clericales, proeuropeos, intolerantes), desaparecería del escenario nacional para no regresar a él nunca más, por lo menos abiertamente. El Partido Liberal quedaba solo para consolidar a la nación sobre las bases consagradas en la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. La progenie de Mora y Gómez Farías había triunfado.

La dureza vengativa de los liberales en 1861 parecía presagiar actos terribles contra los muchos colaboradores del Imperio. En algunas ciudades del interior se «ajustició» —es decir, se fusiló— a varios antiguos prefectos. Pero el sentido de la nueva etapa era otro. Juárez lo resumió a su llegada a México en un memorable manifiesto:

«No ha querido ni ha debido antes el gobierno, y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido... Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y consolidar los beneficios de la paz ... Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos pues entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz».

Frente al aura romántica de la pareja imperial y su trágico fin, la victoria de Juárez parece pálida, desangelada, casi injusta. Lo injusto es equiparar románticamente ambas historias. Más allá de la pureza de Maximiliano, su aventura mexicana tenía aún menos justificación que su gobierno en Lombardía-Véneto. México había sido sólo un pretexto para resolver su circunstancia familiar: por eso nunca advirtió el obvio contrasentido de su posición (liberal en un país que ya gobernaban liberales) ni pudo encarar el engaño del que había sido objeto por parte de los viejos monarquistas mexicanos. No pudo, porque él era el primer cómplice de ese engaño. Encarar los hechos lo hubiese conducido, como a Carlota, a la locura delirante: si la realidad me grita «no eres, nunca has sido el soberano de México», yo le respondo «soy el soberano del mundo». Era mejor caminar por otra senda de locura: seguir engañándose, seguir negando las evidencias, aceptar los llamados al honor que le hacían sus familiares, su propia madre, desde Viena. Era mejor morir.

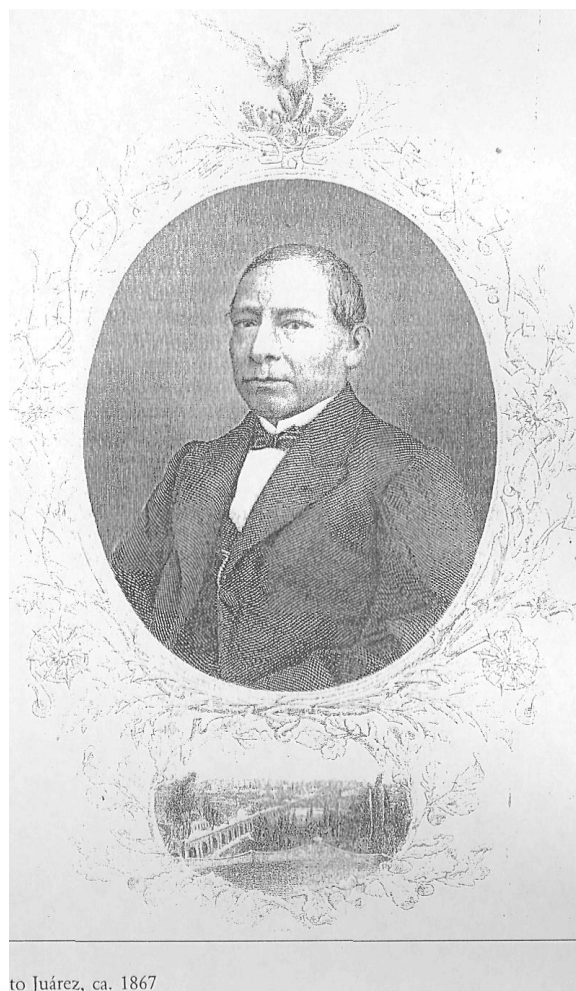
Juárez simbolizó lo contrario: el principio de realidad. Para él y para México, era mejor vivir. En su fuero interno sabía —y por saberlo, no tenía que formularlo incesantemente— que el país estaba cansado de *representar* obras y papeles, de cantar himnos de guerra y victoria en medio de las más humillantes derrotas, de ostentar en sus capitales un boato cortesano mientras que las grandes mayorías seguían sumidas en una «estúpida pobreza». «Hijo del pueblo», como se refería a sí mismo a menudo, nunca olvidó su promesa en Oaxaca:

«yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se le ilustre, se engrandezca y se cree su porvenir y que abandone la carrera de desorden, de los vicios y de la miseria, a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y libertadores pero que con sus hechos son sus mas crueles tiranos».

Juárez era un hombre de palabra pero no de palabras. El narcisismo imperial de las cortes europeas compensaba su decadencia con un océano verbal. El propio Maximiliano ejerció, en sus innumerables cartas, decretos y leyes, una suerte de

imperio literario. En su exilio, Juárez escribió también, aunque en su caso se trataba de cartas de orden práctico a sus representantes diplomáticos, gobernadores, jefes militares. Cuestiones de armas, de aliento, de reconvención, de amenaza, de información útil, de política, no de literatura. No estaba enamorado de su papel. No representaba un papel. No se sentía una especie de Napoleón, un «Napoleón del Oeste» como Santa Anna, ni un nuevo y benévolo Carlos V como Maximiliano. Era el presidente de una república ocupada por un ejército extranjero.

Bulnes diría que Juárez no tenía más lenguaje que el oficial: severo, sobrio, irreprochable. Se equivocaba: Juárez era un hombre público con una intimidad profunda y tierna. A principio de 1865, mientras vivía en Chihuahua, Margarita (su mujer), sus tres hijas (Manuela, Felicitas, María de Jesús), su yerno (Pedro Santacilia) y sus tres hijos (Benito, su consentido Pepe y el recién nacido que no conocía, Antonio) se establecían en los suburbios de Nueva York. Por largas, desesperantes temporadas, no supo de su suerte. Al saberlos sanos y seguros, les escribía con frecuencia dándoles consejos de toda índole sobre la vida cotidiana. Por ejemplo, había que tener cuidado con los calentadores, no abusar de ese moderno invento:



«Yo creo que el frío, así como el calor, aunque mortificantes, son una necesidad que las leyes de la naturaleza han establecido para conservar y vigorizar al hombre, a las plantas y a los animales, y es necesario no contrariar esas leyes si no se quiere llevar en el pecado la penitencia».

Después de la salud y el mínimo bienestar material de su familia (era escrupuloso en su papel provisor), le preocupaba la educación de sus hijos. Luego de alentar a «su querido Santa» con «el triunfo de nuestras armas en Sinaloa contra franceses y traidores» y alegrarse de que «el espíritu público comienza a reanimarse» (todo esto escrito en enero de 1865, en el momento de mayor postración de la causa republicana) le señalaba pautas de formación para sus ovejas personales:

«Supongo que Pepe y Beno están yendo a la Escuela. Suplico a usted no los ponga bajo la dirección de ningún Jesuita ni de ningún secretario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el por qué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos».

Era la prédica de Ocampo, vuelta sólida convicción en un hombre reformado. En esos días, recibe de su representante en Washington, Matías Romero, una noticia que lo agobia. Su hijo Pepe está gravemente enfermo. Juárez no se engaña y escribe:

«Mi querido Santa: Escribo a usted bajo la impresión del más profundo pesar que destroza mi corazón, porque Romero en su carta del día 14 de noviembre próximo pasado, que recibí anoche, me dice que mi amado hijo Pepe estaba gravemente enfermo y como me agrega que aun el facultativo temía ya por su vida, he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquito, me dice que está de gravedad; pero realmente mi Pepito ya no existía, ya no existe, ¿no es verdad? Y considerará usted todo lo que sufro por esta pérdida irreparable de un hijo que era mi encanto, mi orgullo y mi esperanza. ¡Pobre Margarita!, estará inconsolable. Fortalezcala usted con sus consejos para que pueda resistir este rudo golpe que la mala suerte ha descargado sobre nosotros y cuide usted de nuestra familia. Sólo usted es su amparo y mi consuelo en esta imposibilidad en que estoy de reunirme con ustedes. Adiós hijo mío, reciba usted el corazón de su inconsolable padre y amigo. Dispense usted los borrones porque mi cabeza está perdida.

«Juárez».

Sin desatender en lo mínimo a sus quehaceres públicos, Juárez lleva dentro su pena: «no sé cómo puedo soportar tanto pesar que me agobia». La pérdida de su «querido hijo Pepe» y el no saber cómo seguía su familia, cómo estaba su mujer, «son penas muy crueles para un hombre que, como yo, ama tiernamente a su

familia». Nueve meses después, en El Paso, lo sorprende la noticia de otra muerte: la de su hijo Antoñito que ni siquiera conoció. Ante «esa nueva desgracia de nuestra familia debe usted suponer lo que he sufrido y sufro sin tener siquiera el consuelo de estar con ustedes y consolarnos mutuamente». A su mujer le escribía consolándola, «aunque en materia de sentimientos naturales poco valen los consejos... [hay que inclinarse] a la conformidad».

Tendría razón Justo Sierra al sostener que la ecuación «fisonomía inexpresiva, luego alma impasible, luego corazón insensible» era falsa. Juárez sufría muchísimo y no contaba siquiera —como Maximiliano— con un repertorio inconsciente de papeles dramáticos en los cuales insertar su propio drama. No le hubiese servido verse en la imagen de Cuauhtémoc o sus antepasados zapotecas o cualquier otra metáfora del sufrimiento estoico. El no quería sufrir ni se identificaba con los vencidos. Estaba cansado de sufrir. Estaba cansado de los siglos de sufrimiento. Para él y para «sus hermanos» en quienes veía la encarnación profunda de México, quería la victoria definitiva. Esa voluntad salvadora lo salvó.

También los amigos. El 21 de marzo de 1865, día en que cumplía cincuenta y nueve años, su «corazón lastimado no estaba para expansión alguna», pero los amigos Lerdo, Iglesias, Urquidi, Ruiz, Trías y Prieto y los vecinos y señoras de Chihuahua «hicieron un punto de honor» en festejarlo. «Me dieron una comida suntuosa», escribía el 23 a Santacilia, «y hoy habrá un magnífico baile, con el mismo objeto ... en la comida se brindó por la Independencia, por los defensores de ella, por los pueblos oprimidos, por la ciudad de Chihuahua, por nuestra familia y por mí.» En la fiesta se había distinguido un hombre en particular: «el amigo Guillermo ha estado admirable con su lira y ha tenido parte muy activa en todo lo que se ha hecho para celebrar mi día».

Prieto no sólo quería y admiraba a Juárez: lo veneraba. En Guadalajara, muy al principio de la guerra de Reforma, Prieto había interpuesto su cuerpo entre Juárez y un pelotón que se proponía fusilarlo en las oficinas del Palacio de Gobierno, y había disuadido a los militares conservadores con otras palabras de su «admirable lira»: «los valientes patriotas no asesinan». En la confusión y el titubeo, el presidente

salvó la vida. Prieto lo había acompañado en el largo trayecto de Manzanillo a Veracruz a través de Panamá y Nueva Orleans, había vuelto con él a México y había seguido su peregrinar hasta Chihuahua.

En septiembre de ese mismo año, aquella amistad se resquebrajó. Juárez se confabulaba con su más inteligente colaborador y asesor en- el gabinete —el ex rector del colegio jesuita de San Ildefonso, Sebastián Lerdo de Tejada, hermano menor de Miguel— para tomar la decisión más difícil y discutida de su gobierno en el exilio: prolongar unilateral-mente su periodo presidencial hasta que «la cesación» del estado de guerra permitiera realizar elecciones. Según el precepto constitucional, el 1 de diciembre, día en que expiraba su periodo de cuatro años, Juárez debía entregar el mando al presidente de la Suprema Corte de Justicia, el general Jesús González Ortega. Este actuó en consecuencia y reclamó con anticipación el puesto, pero Juárez y Lerdo habían preparado ya un arsenal de argumentos legales y establecido contactos políticos para frustrar el traslado de poder. En esencia, Juárez actuaba sobre la base de las facultades extraordinarias que el Congreso le había otorgado a fines de 1861, en el umbral de la intervención europea. Estas facultades se habían emitido, «sin más restricciones que la de salvar la independencia integral del territorio nacional, la forma de gobierno establecida en la Constitución y los principios y leyes de Reforma».

A partir de entonces, Juárez había utilizado sus facultades con inmenso vigor, audacia y éxito. Gobernaba por decreto, como en Oaxaca en 1850. En uno de esos decretos, dictado el 25 de enero de 1862, condenaba a la pena de muerte a cualquiera que, a juicio de las autoridades republicanas, fomentase la reacción. «Como jefe de una sociedad en peligro», escribiría uno de los más finos analistas políticos del porfiriato, Emilio Rabasa, «asumió todo el poder, se arrogó todas las facultades, hasta darse las más absolutas, y antes de dictar una medida extrema cuidaba de expedir un decreto que le atribuyese la autoridad para ello, como para fundar siempre en una ley el ejercicio de su poder sin límites.» Se trataba, en palabras de Rabasa, de una «dictadura democrática».

En septiembre de 1865, Juárez consideró que las circunstancias de apremio nacional no habían desaparecido. «Yo tengo un deber sagrado que cumplir y seguiré mi destino... sosteniendo la libertad y la independencia de mi patria», había escrito un año antes a un amigo que lo abandonaba, Manuel María de Zamacona. En septiembre de 1865 no había variado un ápice. No sólo prolongaría su periodo hasta la victoria total sino que encontró la manera de cesar a González Ortega aduciendo abandono de funciones.

En octubre, mientras preparaba su maniobra, Juárez escribía a Santacilia: «Prieto y tío Ruizito siguen en la oposición pero nadie les hace caso». El «tío Ruizito» era Manuel Ruiz, su amigo más antiguo en el gabinete, un abogado oaxaqueño que lo había seguido siempre. Al acercarse la fecha, Prieto envió a Juárez una carta cuidadosa en la que le pedía relevarlo de su puesto. Juárez respondió con dureza típica:

«Mucho celebro que tengas una conciencia tan satisfecha y orgullo-sa pues así vivirás tranquilo. No puedo obsequiar tu intención relativa a que por una orden declare yo que han cesado los trabajos de la Administración General de Correos, porque no tengo el candor de ayudar a los invasores en desacreditar a la administración de mi país ... Tampoco te puedo decir que te separes, porque ni tengo motivos para decírtelo, ni el gobierno te repele, ni le sirves de estorbo».

Prieto no abogaba por González Ortega sino en la medida en que éste personificaba el derecho. A un amigo le confiaba sus motivos de disensión. Eran los mismos de Ruiz y serían los mismos que, a la larga, aduciría contra Juárez prácticamente toda la generación liberal:

«Juárez ha sido un ídolo por sus virtudes, porque él era la exaltación de la Ley, porque su fuerza era el Derecho, y nuestra gloria, aun sucumbiendo, era sucumbir con la razón social. ¿Qué queda de todo eso? ¿Qué queremos? ¿A quién acatamos? ¿Varía de esencia que ayer se llamara Santa Anna y Comonfort



... y que hoy se llame Juárez el suicida? Supongamos que Juárez era necesario, excelso, heroico, inmaculado en el poder, ¿lo era por él o por sus títulos? ¿Qué vale sin éstos? ... Yo avanzo hasta suponer feliz el éxito de este ensayo de prestidigitación de Juárez. ¿Está en honor seguirle? ¿Se debe dar asentimiento a semejante escalamiento del poder? ¿Se debe autorizar con la tolerancia de este hecho otros de la misma naturaleza que vendrían en seguida y no muy tarde? Yo, por mi parte, no lo haré. Me he propuesto ser tan ingenuo contigo que te confieso que ni el miedo al quebramiento de la Constitución misma, a pesar de lo que te he dicho, me contiene; es tan grande nuestra causa, sería tan inmarcesible la gloria del que lanzase al francés de nuestro suelo, que pudiera ser que me sedujera la complicidad de este extravío heroico, por lo que tendría de sublime la reparación. La reputación por la vida del país. ¿No lo he hecho yo? Esto no me asusta. Me asusta contemplar a Juárez revolucionario, inerte, encogido, regateando, ocupándose de un chisme o elevando al rango de cuestiones de estado las ruindades de una venganza contra un quídam. ¿Tú te figuras revolucionario a Juárez? ¿Te figuras lo que habré sufrido?...».

En diciembre ocurre el rompimiento con «el tío Ruizito» y con Prieto. Desde Paso del Norte, Juárez lo describe con sequedad a su querido Santa:

«Entre tanto avanzaron los traidores y ya yo me retiré de Chihuahua sin haber sabido más del prisionero. Supongo que [Ruiz] alegó el mérito de su protesta y que estará ya en México. Así ha terminado su carrera política un hombre a quien quise hacer un buen ciudadano, porque él se empeñó en ser lo contrario. Con su pan se lo coma. En cuanto a Guillermo Prieto, poco antes de que yo me retirara de Chihuahua, fue a verme con pretexto de empeñarse a que se accediera a la solicitud de Ruiz. Me dijo que me quería mucho, que era mi cantor y mi biógrafo y que si yo quería que él seguiría escribiendo lo que yo quisiera; ¿qué tal? Yo le di las gracias compadeciendo tanta debilidad y no haciendo caso de sus falsedades... En fin, este pobre diablo, lo mismo que Ruiz y... están ya fuera de combate. Ellos han valido algo porque el gobierno los ha hecho valer. Ya veremos lo que pueden hacer con sus propios elementos».

Aquel «pobre diablo» le había salvado la vida, pero a juicio de quien se reservaba todos los juicios, su actitud contrariaba el interés de cohesión nacional

que Juárez sentía representar y, en efecto, representaba. Disentir, en ese momento, equivalía a desertar, a defecionar, a dar armas al enemigo. Por eso fue implacable. Quizá Prieto comprendió entonces el destino de Santos Degollado.

«Para Juárez», escribió Rabasa, «la fuente del poder era inagotable.» Lo probó, lógicamente, con sus enemigos: los conservadores activos en la guerra de Intervención; los políticos, soldados, oficiales imperialistas; los gobiernos de los países europeos que habían roto sus vínculos con México y reconocido al Emperador: Francia, Inglaterra, España. Lo probaría, desde luego, con su archienemigo, el archiduque Maximiliano. Lo probó también con amigos que no representaban una rivalidad política sino meramente moral (Degollado, Ruiz, Prieto). Pero lo probó, sobre todo, con los hombres del poder en la República: los caciques, los jefes militares, los gobernadores. Con ellos fue tan implacable como con sus enemigos.

Dos ejemplos ilustran esta actitud de Juárez: su relación con el poderoso cacique militar de Monterrey y Coahuila, Santiago Vidaurri, y con un hombre que comenzaba a acumular un inmenso poder y fortuna en el estado de Chihuahua: el gobernador Luis Terrazas. A fines de 1863, Juárez marcha hacia los dominios de Vidaurri. Le ha pedido contribuciones en fondos y contingentes militares que el celoso cacique considera violatorios de la soberanía estatal. «El gobierno central pretende que me suicide», escribe a González Ortega. Ya en la guerra de Reforma, Vidaurri se había declarado neutral y había jugado con la idea de una secesión temporal del norte de México. Aunque Juárez lo perdonó, lo hizo por cálculo político, no por simpatía. Vidaurri representaba un poder real al que hacía falta atraer, dejándole todos los márgenes de poder imaginables dentro de su estado, salvo uno: el de regatearle autoridad al gobierno central. Tras una junta secreta con Vidaurri en Monterrey, Juárez regresa a Saltillo y contrae una seria afección biliar: ahora sabe que Vidaurri desafía su poder y se pasará al enemigo. Juárez declara el estado de sitio en Nuevo León, separa a éste de Coahuila, y en plena guerra contra los franceses ordena a sus fuerzas leales atacar al cacique que en efecto defeciona y se pasa al bando imperial.

Acto seguido, ya dueño de Nuevo León, Juárez sospecha que Terrazas seguirá la misma pauta. La reticencia del gobierno de ese estado en apoyar al centro es comprensible: los franceses estaban en Puebla y el Bajío, pero Chihuahua vivía asolada por los indios «bárbaros» y los filibusteros que entraban a su territorio desde Texas. Otras zonas de la Administración Pública acusaban problemas de jurisdicción: ¿a quién, por ejemplo, le correspondía el manejo de la nacionalización de los bienes del clero? Terrazas pensaba que «el poder omnímodo» de Juárez violaba el precepto constitucional sobre la soberanía de los estados. Pero Juárez, recuérdese, actuaba con facultades extraordinarias y en un marco de suspensión de garantías. Por eso declara preventivamente el estado de sitio en Chihuahua. Cuando ocupa la capital, Terrazas sale, pero no sigue el ejemplo de Vidaurri. Meses después, cuando las fuerzas francesas llegan a Chihuahua y Juárez tiene que refugiarse repetidamente en Paso del Norte, Terrazas encabeza la resistencia contra el Imperio y finalmente triunfa. Se había tenido que plegar a la voluntad de cohesión que representaba Juárez.

Chihuahua y, sobre todo, Nuevo León, comprendieron entonces una lección que aplicarían de modo invariable en el futuro: antes que estados de México, eran México. Ningún cacique regional, ningún caudillo o militar podría alzarse contra el gobierno central. Juárez inauguraba una época y una tendencia histórica irreversible, el centralismo de fondo con formas federales, pero había dado también un impulso definitivo a la creación de un *nosotros* por encima de las localidades, regiones, estados: un *nosotros* nacional.

Al restaurarse la República en 1867, Juárez convocó a elecciones. Su único contendiente fue el caudillo militar triunfador de la intervención, Porfirio Díaz. Juárez las ganó con un 72 por ciento. En la misma memorable convocatoria que expidió al llegar a la ciudad de México, hablaba claramente de la necesidad de introducir reformas a la Constitución. Como su amigo Comonfort —que, de regreso del exilio, había muerto en campaña contra los franceses—, Juárez pensaba que la Constitución, si bien digna de veneración y respeto, era impracticable. Por una larga década había gobernado al país con la bandera de la Constitución y al margen de

ésta: con facultades extraordinarias amplísimas y en un régimen de suspensión de garantías. Sin embargo, aquella tesonera defensa de la Constitución como símbolo, como causa, no implicaba necesariamente que fuese intocable. Comonfort había tenido razón en señalar sus defectos, pero carecía de la fuerza y de la legitimidad para modificarla. Su crítica, además, había sido prematura, porque la oposición conservadora estaba intacta. Antes de soñar siquiera con enmendarla, urgía vencer a los que se oponían a su mera existencia. En 1867 había llegado el momento de la enmienda.

El problema mayor, desde luego, era la vieja querella entre el Congreso y el ejecutivo. Era natural que tras la experiencia santanista, el Constituyente del 57 hubiese depositado un poder omnímodo en el legislativo a costa del ejecutivo y el judicial. Pero con buena lógica y un inmenso bagaje de experiencia, Juárez, Lerdo e Iglesias —«la trinidad de Paso del Norte», como se les llamaba— querían evitar el otro extremo: la hegemonía del Congreso sobre el ejecutivo, que había sepultado tanto a Morelos como a Iturbide. Además, a ese desequilibrio-entre los poderes era atribuible el desorden que había privado en el país en los años veinte, cuando Mora y Alamán lamentaban la «dictadura de los muchos». En opinión de los juaristas, el Congreso creado por la Constitución no era más que una convención permanente. Había que modificar su relación con el ejecutivo, dando a éste un derecho de veto con dos tercios de la Cámara, restringiendo las facultades del Congreso para convocar a periodos extraordinarios y creando, como en los Estados Unidos, una cámara alta.

Juárez no logró que el Congreso admitiera estas reformas, pero tampoco le hicieron falta: a partir de 1867 la situación del país reclamó el uso de nuevas facultades extraordinarias y suspensión de garantías que el presidente solicitó y obtuvo. Respetándola formalmente, siguió gobernando sin la Constitución. Se había logrado el triunfo contra la reacción, contra «los cangrejos»; se había logrado la segunda Independencia; sin embargo, el país no alcanzaba el fin máspreciado: la paz.

La razón era simple: la discordia interna del partido liberal. Una nueva lucha generacional lo desgarraba por dentro: la disputa por el poder entre la generación de intelectuales y abogados que en Veracruz habían hecho la Reforma y los jóvenes militares que llevaban diez años luchando con la espada por la Constitución, la Reforma y la segunda Independencia. ¿A quién le correspondía el triunfo? ¿Quién tenía derecho al poder? Nada hirió más a los militares liberales que la decisión de Juárez de licenciar a decenas de miles de soldados. Es verdad que el Estado no podía cargar con un ejército de 80.000 hombres que amenazaba con devorar todo el exiguo presupuesto. Y aun así, la hegemonía de los «tinterillos» parecía intolerable a los inquietos jefes militares. Pronto estallaría la primera revolución, el primer pronunciamiento, la primera «bola» de la era liberal contra la «dictadura» de Juárez. El presidente actuó con su acostumbrada resolución. Contaba con el apoyo de la mayoría del ejército y con la lealtad de los gobernadores, a quienes dejaba hacer y deshacer en sus feudos regionales siempre y cuando respaldasen al gobierno central. En los casos de infidencia, se declararon nuevos «estados de sitio» y se establecieron gobiernos militares.

Otra amenaza nunca conjurada contra la paz eran los asaltantes, bandidos y plagiarios. Los caminos del país estaban atestados de estos personajes nacidos del caos de la guerra civil. Para enfrentarlos, Juárez integró un grupo especial de acción represiva, los «rurales», compuesto muchas veces —como vacuna— por antiguos bandoleros. El cuadro de violencia interna lo completaban los caciques indígenas y sus huestes. El temible Manuel Lozada, el «Tigre de Alica», seguía dominando la región de Nayarit como un imperio aparte. Más al norte, en el fértil valle del Yaqui en Sonora, los indios yaquis y mayos se levantaban nuevamente en armas —ya lo habían hecho en 1825— para defender el «valle que Dios les dio», amenazado por la aplicación de las leyes liberales. En el extremo sur del país, en Yucatán, los mayas atizaban su guerra implacable contra el blanco: aunque nunca alcanzaría los extremos de la guerra de Castas, se había convertido en una espada de Damocles. Juárez empeñó en vano lo mejor de su tiempo, recursos y esfuerzos tratando de sofocar estos brotes. Todos los generales revolucionarios fueron derrotados pero sólo

temporalmente, mientras llegaba otra oportunidad y aparecía un caudillo que los encabezara; los bandidos y los indios, con sus miras mezquinas o sublimes, continuarían en pie de guerra.

Juárez volvió a contender en las elecciones de 1871. Aunque el país no estaba enteramente pacificado, era difícil justificar a esas alturas su permanencia. Había sido un crisol durante la Reforma y la Intervención, pero entonces la independencia y la integridad del país estaban amenazadas. La nueva situación era caótica y discordante, pero a todas luces menos riesgosa. Nuevas personas, nuevas generaciones llamaban a la puerta y el presidente de sesenta y cinco años de edad se empeñaba en obstaculizarlas. Llevaba casi 15 años en el poder y parecía destinado a prolongar su estadía hasta que lo juzgara prudente. Por ese motivo, Sebastián Lerdo de Tejada, su amigo, su asesor clave, el último de sus fieles, se separaría de él para contender en las elecciones. Contaba con partidarios entre los viejos reformistas. El otro candidato sería, de nueva cuenta, el ídolo de la juventud, Porfirio Díaz. Ambos esperaban desplazar a Juárez, y juntos lo hubiesen logrado, pero Juárez triunfó con un 47 por ciento.

Fue la más turbia de sus victorias. Había maniobrado con la Cámara para reformar el sistema electoral en provecho de su candidatura y había favorecido una serie de prácticas electorales que viciarían el sufragio libre y secreto. Mientras las caricaturas de la libérrima prensa de la época se solazaban dibujando a un presidente hechicero que preparaba los brebajes de la sopa electoral, uno de sus críticos acerbos, el general Ireneo Paz, partidario de Porfirio Díaz, escribiría un soneto alusivo:

¿Por qué si acaso fuiste tan patriota  
estás comprando votos de a peseta?  
¿Para qué admities esa inmundicia  
treta de dar dinero al que en tu nombre vota?

¿No te conmueve, di, la bancarrota  
ni el hambre que a tu pueblo tanto aprieta?  
Si no te enmiendas, yo sin ser profeta  
te digo que saldrás a la picota.

Sí, san Benito, sigue ya otra ruta;  
no te muestres, amigo, tan pirata;  
mira que ya la gente no es tan bruta.

Suéltanos por piedad, querido tata,  
ya fueron catorce años de cicuta...  
¡Suéltanos, presidente garrapata!

La generación de «chinacos», los militares liberales, tomaba la bandera de la Constitución contra Juárez. Se referían a él como el «candidato de sí mismo», el hombre que veía al poder «como un derecho de conquista», «su majestad Benito I». «Hoy no es la Constitución la que el gobierno defiende», sostuvo un crítico, «es el sillón presidencial.» Otro fue aún más lejos: «Julio César era más grande que Juárez y todos bendicen a Bruto, que lo mató». No sólo los jóvenes se separaban de Juárez: también los viejos liberales de la Reforma o antiguos constituyentes, como Ignacio Ramírez. Juárez no derogaba la Constitución ni la violaba: la desvirtuaba. Con entera falta de respeto, los críticos señalaban y documentaban el ultraje de Juárez a la soberanía de los estados («ponía gobernadores ... según era el grado de acatamiento y las protestas de las personas»), su apoyo a caciques como Pesqueira en Sonora, Terrazas en Chihuahua, Alvarez en Guerrero; y sobre todo, sus manejos electorales. En el Congreso, Zamacona tomó la palabra para advertir: «el poder que rige el país entra en el periodo de decrepitud y decadencia que coincide en el individuo con la época del egoísmo y de la codicia y no le permite la generosidad y la abnegación de otros tiempos». Ireneo Paz fue mucho más irreverente.

¡Catorce años, señor! esto va largo:  
Ni que fueras el fraile de Friburgo,  
ni que fueras un César, un Licurgo,  
supiera tu poder menos amargo.

Di, ¿no se te hace de conciencia cargo?  
¿Te crees un san Gregorio Taumaturgo?...  
¡Ah!, no te olvides nunca del Habsburgo  
que sucumbió por ser tan manilargo.

Yo la esperanza, mi señor, albergo,  
de que no entres también a tal desvirgo  
y al pedírtelo, humilde me postergo.

No vaya a dar a tu pescuezo un sirgo...  
coge un sombrero, pues, chino o chambergo y  
sal, si quieres escaparte virgo.

Luego de la reelección de 1871, la situación de inconformidad estalló en la propia tierra del hombre al que el gobierno de Colombia había dado el título de «benemérito de las Américas». Porfirio Díaz se levantó en armas en Oaxaca con su Plan de La Noria. Su lema era sencillo y contundente: «Sufragio efectivo, no reelección». No tuvo éxito. Las tropas federales lo habían puesto en una situación de inminente derrota y vagaba por las sierras del noroeste de México —había intentado pactar con el «Tigre de Alica»—, cuando el 18 de julio de 1872 lo sorprendió la noticia que conmovió al país: víctima de una angina de pecho, en el Palacio Nacional había muerto el presidente Juárez. El nuevo presidente Sebastián Lerdo de Tejada declaró una inmediata amnistía a la que Díaz, renuientemente, se acogió. Esta vez no esperaría muchos años para volverse a levantar. En 1876 encabezó la revolución de Tuxtepec, que lo llevaría primero al triunfo militar y luego, mediante



una votación, a la amada silla presidencial, en la que permanecería el doble de tiempo que su admirado y criticado jefe.

Juárez había pastoreado al país en la guerra de Reforma y la Intervención. Comenzaba a pastorearlo en la nueva etapa de discordias civiles, cuando la muerte lo golpeó del modo más oportuno, no sólo para él y para su memoria, sino para el país. Juárez se había convertido en la manzana de esa discordia. Nunca había cedido el poder —ni en Oaxaca ni en México— ni estaría dispuesto a cederlo. Para sostenerse, hubiera tenido que recurrir a medidas de represión cada vez más drásticas contra sus propios compañeros, hubiese incurrido en una auténtica autofagia liberal. No era justo que su trayectoria se manchara.

Había llevado al país a la otra orilla. Basta comparar la guerra del 47 con la de 62 para advertir las diferencias fundamentales, atribuibles, en gran medida, a Juárez. En el momento de los criollos, México no era una nación: era un agregado de regiones y localidades sin conciencia nacional. Los «mexicanos al grito de guerra» veían pasar a las tropas norteamericanas como un desfile, como una representación teatral que no les competía. La pérdida de territorio, el peligro tangible de desintegración nacional, la violencia de la guerra de Reforma y los odios teológicos que despertó, contribuyeron a crear una conciencia nacional. Pero dos factores adicionales, vinculados internamente, contribuyeron también, de manera decisiva: la legítima, severa, inteligente autoridad de Juárez en todo el proceso y el ascenso concomitante de los mestizos al poder.

A partir de 1810, el orden español se había hecho trizas en toda la América hispana. La disgregación fue geográfica, social, política. Ninguno de los países sudamericanos volvería a restablecer un centro, una unidad: ni entre ellos, ni dentro de ellos. El intento anfictiónico de Bolívar sería tan utópico como la consolidación de regímenes democráticos en cada país. El siglo era de los caudillos, los tiranos, los dictadores. La unidad era imposible porque, con la excepción del Perú, habían constituido territorios de frontera, escasamente poblados, del imperio español. Nueva España era un caso distinto. Ahí se habían asumido plenamente las premisas del orden político español. A su manera, Nueva España era un centro del imperio, y

México, la antigua Te-nochtitlán, la capital del imperio azteca, era el centro de ese centro. Desde tiempos inmemoriales, México había vivido bajo el dominio de un Estado. La teocracia de los pueblos prehispánicos se avino bien con la nueva, más suave y persuasiva, teocracia de los españoles. En los pueblos de Oaxaca, en las sierras de Michoacán, en las planicies del Bajío o las costas de Veracruz (al margen de las diferencias culturales que las aislaban entre sí), cada región había sentido a tal grado el peso del dominio central —de la capital novohispana y de la metrópoli—, que por tres siglos España imperó sobre aquel inmenso territorio sin necesidad de contar con un ejército. La prueba máxima de la cohesión política que caracterizaba a ese orden fue, justamente, la disgregación que sobrevino a su hundimiento.

La enormidad de Juárez, en términos políticos, estuvo en el restablecimiento de ese orden. Vertió vino nuevo en odres viejos. Logró crear una instancia legítima de autoridad en un país a punto de desaparecer y guió a éste entre dos terribles tormentas, de las que salió siendo *otro*. Recurriendo a la instintiva sabiduría de sus antepasados y con un fervor religioso que llegaba a la idolatría, transfirió sus antiguas lealtades a los nuevos contenidos políticos del siglo XIX: la ley, la constitución, la reforma. Vivió su mandato como un pastor llamado por Dios para conducir al desordenado rebaño hacia una ribera de emancipación, la misma que él, en lo personal, había alcanzado: de la «estúpida pobreza» e ignorancia de Guelatao a la altura de la silla presidencial. Quiso transferir esa experiencia a sus «hermanos». En una medida importante lo consiguió. Cuando Juárez murió, México era otro: no había sitio para óperas y representaciones. Había lugar para la historia y la realidad. Había un nuevo centro en el viejo centro. Un nuevo emperador, un nuevo tlatoani, un presidente sagrado. Era la misma tensión entre lo antiguo y lo moderno, la misma encrucijada que había sacrificado a Morelos, pero en una mejor posición histórica. La legitimidad que había nacido era una amalgama: difícil aleación de la tradición teocrática del pasado; el ideal republicano, liberal, democrático y federal del futuro; y la fuerza carismática de un caudillo vestido de negro que había fundido en una unidad la vieja dualidad de Morelos: religión y patria.

Juárez logró algo más: abrir una ancha puerta para que los mestizos accediesen á los puestos de mando en la vida nacional. Ciertó, en la segunda mitad del siglo había ya un predominio mestizo en la demografía nacional, pero la figura del indio Juárez lo fortaleció. Durante su mandato, otro indio, Ignacio Manuel Altamirano, fundaría la revista cultural *El Renacimiento*, que significaría el arranque de la cultura nacional propiamente dicha. Su ejemplo fue seguido en varias ciudades: nacieron periódicos, sociedades culturales, publicaciones; se escribieron como nunca antes novelas históricas y costumbristas; se fundaron escuelas primarias; se creó una institución ejemplar que sería la primera, desde la salida de los jesuitas, en formar a varias generaciones de mexicanos en un pensamiento riguroso y científico: la Escuela Nacional Preparatoria. «Con Juárez quedó fundada, libre de todo peligro», escribió Andrés Molina Enríquez, el más profundo de los filósofos del mestizaje mexicano, «la nacionalidad mexicana fincada en el elemento mestizo... una patria libre, independiente y respetable... por eso para nosotros los mestizos, Juárez es casi un Dios.»

No había pacificado al país, no había instaurado la democracia, no respetaba el federalismo, pero hallaba el modo de no infringir la ley. El Congreso actuaba, deliberaba, se oponía. Los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, elegidos popularmente, se desempeñaban con plena independencia. Por primera vez en su historia, México vivía un clima de completa libertad. Los cientos de periódicos de la época ejercieron la más libre de las críticas. Su blanco fue, muchas veces y con razón, la autoridad de Juárez, pero éste, con toda su severidad, no mató ni reprimió: si bien recurrió a las soluciones de hecho, lo hizo siempre con la ley en la mano. No abandonó el poder porque en nadie confiaba: había vivido demasiados años en el caos santanista y sentía tan frágil la ventura conquistada, que le pareció necesario pastorearla eternamente, hasta que una instancia superior dispusiera otra cosa. No lo movía la ciega ambición de mando, como sus críticos señalaron, sino el antiguo, imborrable *misticismo del poder*.

A Bulnes le asistía la razón cuando señalaba la injusticia histórica de atribuir todo el éxito de la Reforma y la Intervención a Juárez. Ambas epopeyas nacionales —que

lo fueron en verdad— tuvieron muchos protagonistas conocidos, otros olvidados, otros más anónimos. Era y es injusto relegar a Degollado, Ocampo, Miguel Lerdo, Ramírez, a toda la generación intelectual del liberalismo, verdadera *autora* de la Reforma. Era y es injusto relegar a Zaragoza, González Ortega, Corona, Escobedo, Porfirio Díaz, a toda la generación militar del liberalismo, verdadera *autora* de la victoria en la Intervención. Pero más injusto sería no reconocer la dimensión excepcional del hombre modesto que siguiendo el llamado de su instinto, huyendo de una postración de siglos, convocaba misteriosa y firmemente, religiosamente, las siempre frágiles voluntades humanas.

Bulnes criticó a Juárez, con razón muchas veces, pero Justo Sierra hizo algo más importante: lo comprendió. En estos tiempos de escepticismo extremo es difícil leer sin ironía las exaltadas palabras finales de su obra *Juárez: su obra y su tiempo* (1906). Pese a ello, es preciso, si la nacionalidad mexicana tiene algún sentido:

«¡Gran padre de la patria!, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe ... los impacientes de realizar ideales que sólo lentamente pueden llegar a la vida ... protestaron armados y sañudos ante ti; muchos eran tus colaboradores, tus correligionarios ... eran tus hijos ... Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá a la generación siguiente que se levanta y llega: ¡perseverad como él, quered como él, creed como él!».

#### Referencia bibliográfica:

Krauze, Enrique. “Dictador Democrático”. Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910), México, TusQuets Editores, 1994, pp. 275-292.

# DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS

## Módulo III

### Nación e Identidad

---

#### 4. 2     **Arte**

LECTURAS OBLIGATORIAS: CASANOVA, Rosa y Estela Eguiarte, "La producción plástica en la república restaurada y el profirato" en Historia del arte mexicano. Arte del siglo XIX II 16 vols. 1982, tomo 10, p. 1508-1532.



## La producción plástica en la república restaurada y el porfiriato



Triunfo de la ciencia y el trabajo sobre la pereza y la ignorancia.. Juan Cordero, copia de Pacheco, 1874. Mural comisionado por Gabino Barreda para colocarse en la Preparatoria y que incorpora, en una alegoría , algunas ideas del positivismo.

El año de 1867 marca el triunfo de la República y el inicio del período llamado República restaurada, que abarca los gobiernos de dos presidentes: Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada. Esta etapa ha sido considerada como el triunfo definitivo del gobierno liberal y de la visión jurídica que lo avalaba: la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma.

Este trabajo se propone analizar la producción plástica en dicho período tomando en consideración los grupos sociales que estuvieron involucrados en él. También estudia la educación pues esos grupos expresaron sus ideas y propuestas sobre la cultura a través de la reglamentación de lo que debía ser y los aspectos que tenía que abarcar la educación, sobre todo en ese momento en que la nación debía definir el tipo de cultura que fomentaría.

Por otro lado, para obtener una visión más precisa de la realidad artística o cultural del período, se hace necesario analizar la producción plástica tanto de la institución oficial de enseñanza artística la (Escuela Nacional de Bellas Artes) como la de la Escuela de Artes y Oficios que proponía otro tipo de estudios y la de los talleres particulares que también funcionaban como centros de enseñanza.

Todas estas variantes son las que se tendrán en cuenta al estudiar el proceso de producción artística en la ciudad de México. Existe cierta dificultad para definir claramente las ligas entre las proposiciones educativas y el proceso de producción artística y para precisar los grupos que participan en este proceso, debido a que los enfrentamientos de las facciones políticas ya no fueron claros como cuando se hablaba de conservadores contrapuestos a liberales. Además, en muchos casos, grupos antagónicos compartieron las mismas propuestas pues por una u otra vía buscaban vínculos con la cultura occidental.

El regreso de Juárez a la ciudad de México en julio de 1867 fue victorioso; en ese momento contó con el apoyo de todos aquellos que lucharon contra la Intervención Francesa y la monarquía de Maximiliano, pero la homogeneidad política del país siguió siendo ilusoria. Poco duró la paz, pues tanto el gobierno de Juárez como el de Lerdo se caracterizaron por la instauración de un Estado fuerte y centralizado y por la concentración de poder en manos del Ejecutivo. Esto continuaba una pugna que se venía dando desde la década de los treinta y en la que finalmente resultó victoriosa la tendencia centralista, con Porfirio Díaz. Así, los sectores disidentes de la política del Ejecutivo tuvieron que recurrir a varios medios para hacer valer sus demandas. En general se protestaba por el excesivo poder del Ejecutivo, la lentitud en cumplir con la Constitución o sus reformas y la permanencia



de Juárez y Lerdo en el poder. Existieron presiones internas dentro del grupo hegemónico liberal, tanto de las facciones radicales como de las moderadas, que representaban los intereses de los más variados sectores: empresarios, comerciantes, hacendados, industriales y profesionistas.

Los conservadores, poco después de la derrota del Imperio, volvieron a participar en la vida política constituyendo una fuerza considerable y siguiendo la tradición de fungir como defensores de los intereses de la Iglesia a través de organismos como la Sociedad Católica de México, que manejaba periódicos y escuelas. Lucharon contra los esfuerzos de los liberales por minar el poder ideológico y cohesionado de la Iglesia ya que el económico en gran medida estaba perdido, particularmente contra una corriente anticlerical surgida bajo el gobierno de Lerdo que incorporó a la Constitución las Leyes de Reforma. Este enfrentamiento terminaría con la política conciliadora de Díaz. Además se advierte la presencia ya más constituida del sector "obrero", el cual incluía sobre todo artesanos que iban siendo desplazados por la



Retrato de Benito Juárez y Margarita Maza de Juárez. José Escudero y Espronceda. 1890. A partir de la muerte de Juárez, en 1872, se realizaron una serie de retratos suyos que se distribuyeron por todo el país.

naciente industrialización del país y que adquirió fuerza en estos años, llegando incluso a contar con una prensa relativamente abundante. Este sector tampoco constituyó un bloque homogéneo con un solo proyecto; dentro de él se dieron diversas tendencias, unas más radicales que otras. Su posibilidad de expresión terminó durante el régimen porfirista.

### **Control de la educación y las instituciones culturales**

El gobierno liberal triunfante procedió a realizar nuevas reformas en la administración pública tendientes, sobre todo, a centralizar administrativa y económicamente el país. Una de las medidas que más interesa es la reglamentación de la educación con el fin de dejar en manos del gobierno el sentido y la forma que ésta tomaría, ya que la educación era la manera de expropiarle a la Iglesia uno de sus principales reductos. Además, era una de las formas de construir esa nación civilizada y moderna a la que los grupos en el poder aspiraban, confiados en que la educación, a] propagar el pensamiento científico, pondría de acuerdo a los ciudadanos, acabando así con el "caos" que presentaba la sociedad mexicana en ese momento. Se aspiraba a lograr que todos recibieran la educación primaria y que se popularizaran las ciencias; se pensaba que así aumentaría la productividad en las diversas áreas de la economía. Por ello, en 1867 se procedió urgentemente a reorganizar la educación. El ministro de Justicia e Instrucción Pública, Antonio Martínez de Castro, nombró una comisión para redactar una nueva ley al respecto. En ella colaboró el doctor Gabino Barreda formado en el positivismo, resultando una ley de educación imbuida de esta filosofía, aunque adaptada a la situación mexicana. No por ello fue aceptada en todos los ámbitos de la vida pública de la nación. El gobierno liberal la utilizó puesto que el grupo de intelectuales positivistas era el único capaz de formular una propuesta ideológica articulada que abarcara otros ámbitos de la sociedad, entre ellos la cultura.

La ley de educación del 1º de diciembre de 1867 estableció la educación primaria obligatoria y gratuita para los pobres; suprimió la enseñanza religiosa en todas las

escuelas, sustituyéndola por una de moral o ética social que se implantaría mediante el estudio de la vida de los grandes hombres de la cultura occidental. Naturalmente, la Iglesia impuso sanciones a aquellos fieles que asistieran a las escuelas públicas, hecho que el gobierno combatió multando a quienes no recibiesen educación primaria. Varios sectores del grupo dominante tanto liberales como conservadores, se opusieron al concepto de educación que la ley de 1867 representaba. Los ataques se centraron en la obligatoriedad de la educación y en el programa de la escuela preparatoria.

Por medio de las escuelas de enseñanza superior el gobierno pretendió controlar el ejercicio de los profesionistas al reglamentar los requisitos para obtener el título profesional, necesario para poder practicar ciertos trabajos.

Los profesionistas e intelectuales se agruparon en sociedades las cuales muchas veces tenían su propio órgano de difusión. En estos organismos colaboraron tanto conservadores como liberales y se permitió la libre discusión de opiniones que encontraban expresión en los periódicos de la época, sobre los que hubo una censura muy limitada, situación que habría de cambiar en el período porfirista. Estas sociedades sirvieron para defender los derechos e intereses de este sector ante el gobierno y la sociedad; tal es el caso de la de Ingenieros Civiles y Arquitectos que en 1873 propuso un nuevo arancel para el avalúo de terrenos.



*Museo Nacional.* Luis Garcés. 1880-1883. En México pintoresco, artístico y monumental. El museo se conservó en el local que le designara Maximiliano: la antigua Casa de Moneda, cumpliendo un papel propagandístico hacia el interior y el exterior del país.



*Colegio de San Ildefonso.* Archivo Fotográfico de Culhuacán. Los liberales creían en el poder de cambio de la enseñanza. Al restaurarse la República se procedió a formar una nueva ley de educación que se vio influenciada por el positivismo. Escuela de Artes y Oficios para Hombres en el ex convento de San Lorenzo. A través de la enseñanza que ahí se impartía se pensaba fomentar las artes e introducir nuevas técnicas ligadas al desarrollo industrial.



*Escuela de Artes y Oficios para Hombres en el ex convento de San Lorenzo. A través de la enseñanza que ahí se impartía se pensaba fomentar las artes e introducir nuevas técnicas ligadas al desarrollo industrial.*

Además, las leyes de educación fomentaron instituciones culturales como la Biblioteca Nacional y el Museo Nacional. Esta última cumplía entre otros propósitos un papel propagandístico hacia el interior del país como expresión del concepto de la historia oficial, y hacia el extranjero como prueba de la civilización del país. Una de sus secciones, la de "antigüedades", muestra que por lo menos se tenía conciencia del valor histórico de los objetos prehispánicos, aunque no de su valor plástico.

### **Enseñanza de artes y oficios**

La educación artística se dio a dos niveles: el académico impartido en la Escuela Nacional de Bellas Artes y el artesanal que institucionalmente se enseñó en la Escuela de Artes y Oficios, aunque también hubo otros canales de enseñanza. Como dice el informe de 1868 del ministro de Educación, Martínez de Castro, en la Escuela de Artes y Oficios se pretendía unir "...la instrucción científica un poco elevada, [con] la práctica de ciertas artes y oficios, que sirvan a la vez para introducir nuevos

ramos de industria con que se desenvuelvan las excelentes condiciones de nuestro pueblo, y para abrir nuevas fuentes de riqueza [procurando]... siempre establecer la de artes poco ejercitadas o desconocidas absolutamente en México... " (Talavera, Abraham. Liberalismo y educación, t. II).

El programa de la Escuela de Artes y Oficios comprendía estudios generales, que ampliaban la educación del estudiante, V talleres donde se practicaban los oficios; en ellos tenían particular relevancia las clases de dibujo, materia a la que se le dio importancia desde la educación primaria, precisamente con la idea de mejorar el diseño de los objetos manufacturados en el país. Curiosamente, los talleres establecidos cubrían en su mayor parte los oficios tradicionales, aunque luego se abrieron otros más acordes con la idea de fomentar nuevas industrias. Se pensaba en formar técnicos capacitados, pero para ello era preciso estudiar tiempo completo durante cuatro o cinco años, lo cual no era posible para los alumnos. Es lógico pensar que la mayoría no haya podido completar sus estudios y sólo haya asistido el tiempo necesario para aprender algunos de los oficios enseñados. Probablemente los que llegaron a terminar formaban una elite que llegó a ser requerida por los industriales.

A través de algunas crónicas de la época se puede establecer que la práctica de algunas artes y oficios era considerada ignominiosa en ciertas clases sociales. Varios escritores criticaron esta actitud y propugnaron por darle a los artesanos una nueva posición en la escala social; posiblemente la Escuela de Artes y Oficios respondió en parte a este esfuerzo. En este sentido hay que recordar que el propietario del taller gozaba ya de cierto reconocimiento dentro de la sociedad pues su status era ya más bien el de empresario, muestra de ello es la participación de algunos en el Ayuntamiento de la ciudad y en el campo de la cultura.

La necesidad de mejorar la posición del artesano, requerida por el movimiento "obrero", la demanda de artesanos y técnicos capacitados por parte de la industria y el problema que para muchos constituía asistir a la Escuela de Artes y Oficios, hicieron que se encontraran nuevos medios para este tipo de educación. Por un lado, se abrió un gabinete de lectura para artesanos en la Biblioteca Nacional que



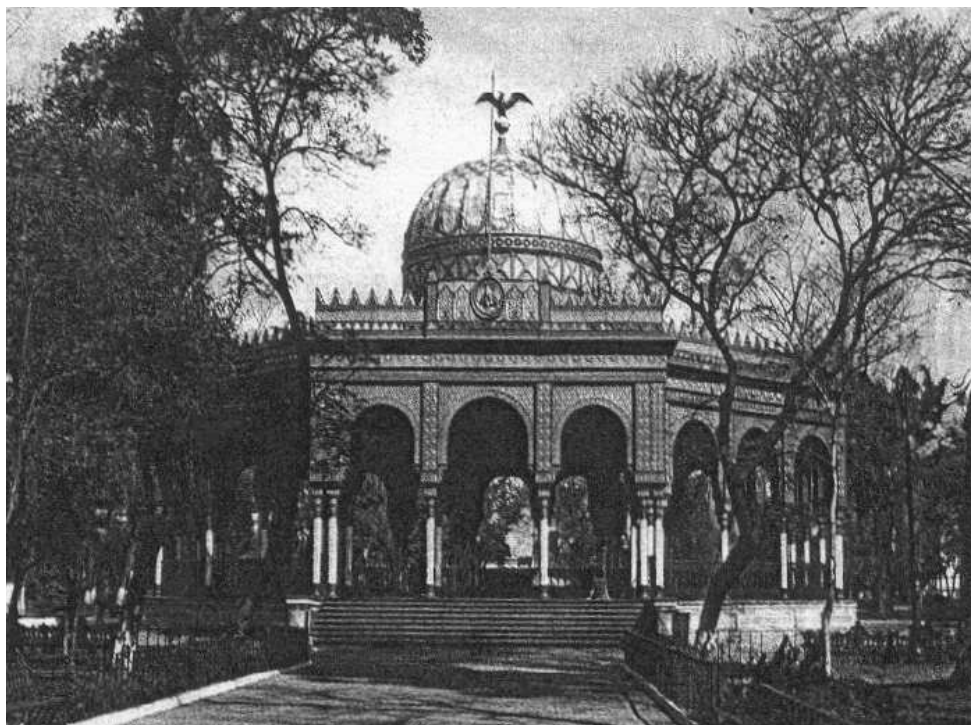
funcionaba en las noches y en los días festivos, con "libros de recreo", periódicos, manuales de artes y oficios y libros con modelos de diversas clases de "artefactos", para que pudieran copiar los que les sirvieran; además se continuaron las clases nocturnas en la Academia. Por otro lado, uno de los dirigentes del movimiento "obrero" intervino para que Juárez cediera el antiguo Colegio de San Pedro y San Pablo a los talleres de artesanos que tenía la Sociedad Artística Industrial, que formaba parte del movimiento.

### **Difusión de la cultura en las exposiciones nacionales e internacionales**

Otro de los medios con que el gobierno fomentó el comercio y la industria, y que resulta necesario analizar pues también atañe a la producción artística, fueron las exposiciones. Aunque hay que distinguir dos grupos que participaron en ellas ya los que el gobierno aparentemente quería beneficiar:



*Panteón de la Piedad. Luis Garcés. 1880-1883. México pintoresco, artístico y monumental. El crecimiento de la ciudad obligó a realizar obras públicas ya reglamentar sobre ciertos aspectos urbanos, como lo relativo a la salubridad pública.*



*Pabellón Morisco* de la Alameda de Santa María. Ramón Ibarrola. Utilizado como pabellón de Minería en la Exposición de Nueva Orleans. 1884-1885. Estuvo un tiempo en la Alameda Central Y. en 1900. se trasladó a Santa María.

los comerciantes e industriales y los artesanos. En realidad quienes propiciaban y demandaban estas exposiciones eran los comerciantes e industriales, pues obtenían beneficios al exhibir sus productos y lograban la incorporación del grupo artesanal que hasta cierto punto representaba ya una amenaza debido a la fuerza adquirida por el movimiento obrero. Por un decreto de agosto de 1869 se estableció la celebración de exposiciones periódicas que se llevarían a cabo anualmente durante los primeros quince días de diciembre. Los esfuerzos llegaron a su máximo en 1875, pues la exposición de ese año sirvió como ensayo para la Exposición Internacional de Filadelfia, la primera en la que México participaría ya como nación libre y republicana. Había interés por presentar al exterior una buena imagen del país, destacando la cultura y el progreso logrados a lo que contribuirían las artes plásticas y mostrando las maravillas naturales que ayudarían a atraer las inversiones extranjeras y llamando la atención de colonos potenciales a quienes el gobierno



ofrecía facilidades. Incluso, se llegó a planear la realización de una exposición internacional en México en 1873, que coincidiera con la terminación del ferrocarril México-Veracruz, obra que cumplía una de las grandes ilusiones liberales, pues se veía en ella una expresión de progreso. Este medio de transporte facilitaría viajar por el país y daría a conocer su riqueza.

### **Formación académica**

Dentro de estos proyectos de renovación cultural, la Academia -ahora llamada Escuela Nacional de Bellas Artes de México- continuó sus funciones con regularidad a pesar de los cambios políticos. Esto posiblemente respondió al hecho de que se la apreciaba como una institución ejemplificadora de la civilización y cultura logradas en el país.

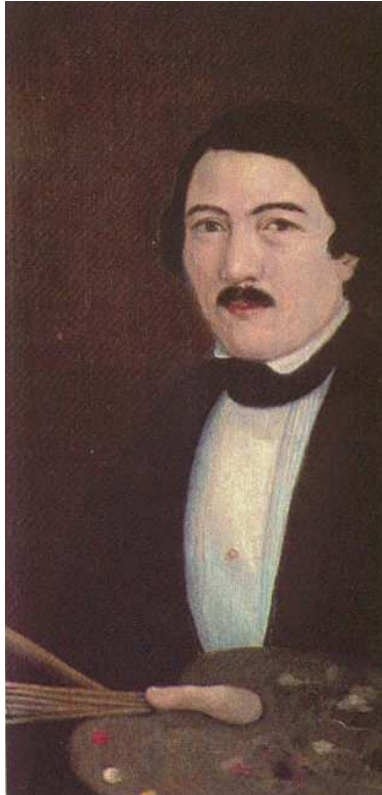
En junio de 1867, al ser liberada la ciudad, se permitió a los maestros que continuasen sus clases; así el personal de la Escuela no sufrió ninguna persecución por haber colaborado con el Imperio, a pesar de que en otras instituciones sí hubo represalias. Fue hasta 1873 cuando hubo problemas al respecto pues al exigirse el juramento de las Leyes de Reforma al incorporarlas a la Constitución se separaron de la Escuela los profesores Cardona, Heredia, Enciso y Landesio.

Poco después del triunfo liberal se dio el cargo de director de la Escuela a Ramón I. Alcaraz, escritor liberal que acompañó al gobierno itinerante de Juárez y que ocupara puestos públicos como director del Museo Nacional y del Monte de Piedad. Su puesto en la Escuela, según lo señala la ley de instrucción de 1867 y las subsiguientes, era puramente honorífico y no percibía ningún sueldo por desempeñarlo, lo que hace suponer que sus otras funciones sí le eran remuneradas o que no necesitaba de él. En un informe, Alcaraz pidió que se restituyera la lotería de la Academia pues el presupuesto oficial nunca era suficiente; esta fue la queja constante de todos los funcionarios de la institución a partir de 1861 en que se le suspendió ese medio de ingresos. El mismo Alcaraz también señaló la necesidad de elaborar un reglamento interno pues "casi no existía"; esto indica que el reglamento

creado desde la fundación de la Academia, conservado a través de los años y ratificado en 1841, ya no era vigente en su carácter de institución artística oficial de un gobierno liberal. Asimismo se pretendía que la Escuela cumpliera otras funciones como la de museo. A este respecto Martínez de Castro en el mencionado informe de 1868 afirma que en ella se encontraba el museo artístico de la Capital, punto importante de toda "ciudad moderna", y que sus colecciones habían aumentado notablemente pues se le enviaron los cuadros tomados de conventos, se compraron objetos y el gobierno trataba de adquirir algunas colecciones de particulares.



*Retrato de Benito Juárez. José Escudero y Espronceda. 1870. Juárez emergió de la lucha contra el Imperio como el héroe que salvó a la patria, más ante su permanencia en el poder surgió una fuerte oposición.*



*Autorretrato. José Escudero y Esproñceda. 1870.*  
 Este pintor español fue popular en su época. A su taller acudían las personas de sociedad para ser retratadas.



*Caricatura representando a Lerdo de Tejada y Juárez.*  
 En *El Boquiflojo*. 1869. La caricatura política fue un medio muy popular entre los liberales para expresar su crítica a las acciones del gobierno.



*Batalla del 5 de mayo de 1862* Primitivo Miranda. 1868. El gobierno de Juárez encargó esta pintura poco después de la batalla ya que ésta se convirtió en el símbolo de la defensa de la patria.

La ley de educación establecía las carreras que se estudiaban en la Escuela: escultura, grabado, pintura, arquitectura y maestro de obras; de ellas sólo las dos últimas tenían derecho a título. Además, como ya se mencionó, se continuaron impartiendo clases nocturnas para artesanos. Aunque no queda muy claro en la ley, parece ser que se separaron los estudios de ingeniería civil y arquitectura. Para la carrera de arquitectura se especificaban en la ley los años de estudio y los requisitos, mientras que para las demás se delegaba su reglamentación a la Escuela. Resulta evidente la concepción que fundamentó estas leyes, las carreras cuya práctica suponían un servicio público requerían el control estatal y por lo tanto un título para su ejercicio; las carreras artísticas se dejaban más libres, pues no se tenía una idea precisa de su utilización ni del lugar que ocupaban dentro del proyecto educativo positivista.

En 1869 se reanudaron las exposiciones de la Escuela, cuya realización repetidamente había sido solicitada por la "gente culta" de la sociedad capitalina. Durante la República restaurada se realizaron cuatro exposiciones, culminando con la de 1875, que tuvo por objeto integrar uno de los grupos de obras que se expondrían en Filadelfia. En 1873 se publicaron las bases sobre las que se regirían las exposiciones futuras, aunque de hecho eran las que se habían venido aplicando desde tiempo atrás. Se celebrarían del 1º al 31 de diciembre, pudiendo ser prorrogadas si el público

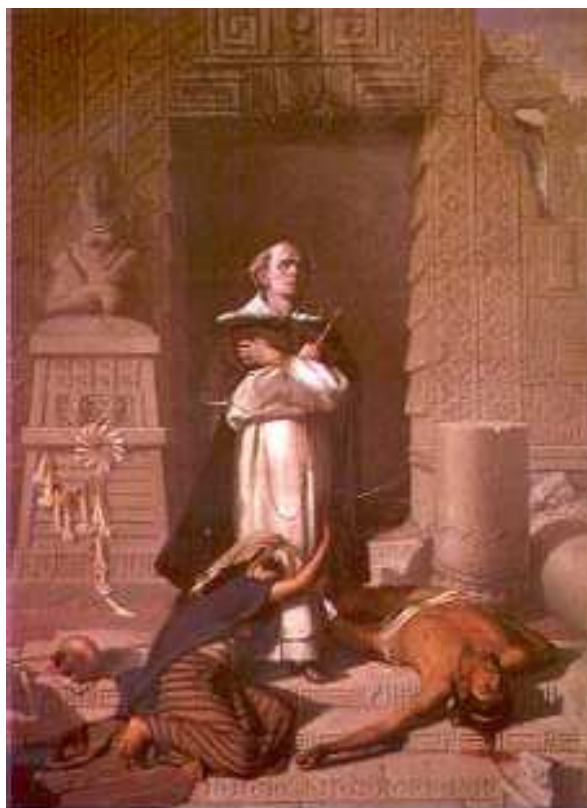
lo pedía; se darían tres premios por cada ramo; si convenía la adquisición de alguna obra para la Escuela se estipularía el precio con el autor, incrementando así las colecciones del establecimiento; se formaría una comisión encargada de juzgar y colocar las obras que habrían de exponerse incluyéndolas en el catálogo; se establecía un jurado para adjudicar los premios, bajo la responsabilidad del director de la Escuela; se obsequiaría a los suscriptores dos fotos, o un grabado y una foto de los mejores objetos de la exposición, aumentando así el interés para éstos. El número de suscriptores fue creciendo en cada exposición. Juárez y su gabinete, que antes no se habían preocupado por participar, apoyaron oficialmente estos eventos; lo mismo hicieron numerosos funcionarios públicos, sobre todo los vinculados con el sector educativo. Se suscribieron industriales, algunos relacionados con la producción editorial, comerciantes y gente ligada al desarrollo económico del país. También participaron ingenieros y arquitectos, algunos de los cuales eran maestros de la Escuela y otros convertidos en empresarios al desarrollarse la industria de la construcción. Un contingente numeroso de suscriptores lo formaron los médicos que, organizados como grupo profesional en la Academia de Medicina y preocupados por mejorar las condiciones de la nación, mantenían ligas con la Academia por que en la Escuela de Medicina se estudiaba dibujo del desnudo en cadáveres. Los funcionarios, alumnos y maestros también se suscribieron, al igual que muchos otros profesionistas y personas interesadas en las artes.

Se debe recordar que la producción artística de este período abarca tanto las obras producidas dentro de la Escuela Nacional de Bellas Artes como aquellas realizadas fuera de ella, en talleres particulares. La Escuela constituía fundamentalmente un centro de enseñanza; por lo que la mayor parte de las obras presentadas en las exposiciones se ejecutaban fuera de ella aunque las realizaran maestros o alumnos.

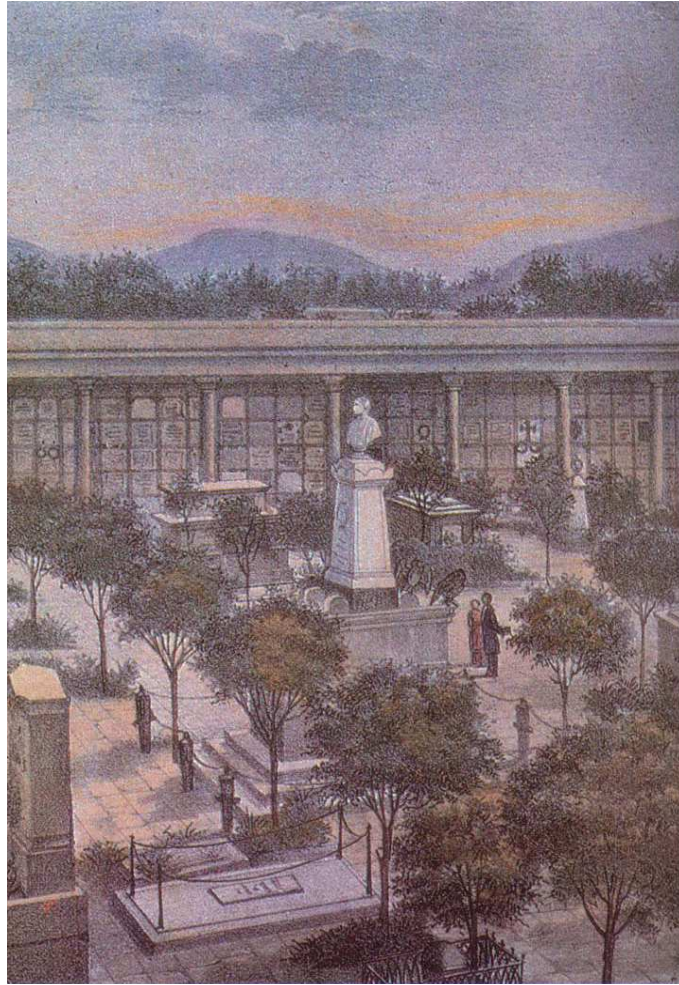


## Propuestas temáticas y práctica de la producción pictórica

En relación con la pintura se abre un vasto panorama para su estudio porque la producción fue abundante y porque la crítica que se escribió en aquel entonces se centró principalmente en ella. Hubo cambios en el profesorado de la Escuela mas no en el método de enseñanza; Pelegrín Clavé fue sustituido por su alumno preferido, José Salomé Pina, y Eugenio Landesio, aunque tuvo problemas para conseguir que José María Velasco lo remplazara, finalmente lo logró. La temática básica de la obra pictórica fue: religiosa, costumbrista, mitológica, histórica, paisaje y retrato. La copia constante y la falta de obras con temas inspirados en la historia nacional fueron lo que más se le criticó a la escuela de pintura en aquel momento. Uno de los principales impugnadores de la orientación académica fue Ignacio Altamirano -el escritor, crítico y funcionario público liberal, quién en un importante



*Fray Bartolomé de Las Casas.* Félix Parra. 1875. Uno de los aspectos que los liberales rescataron de la historia colonial fue la labor educativa de los frailes.



*Panteón de San Fernando con el monumento a Zaragoza. Hermanos Tangassi. 1868. En México pintoresco, artístico y monumental. El culto de los héroes fue característico de esta época, con ello se pretendía fomentar en los ciudadanos el amor a la patria.*

artículo titulado "La pintura histórica en México" expuso claramente su posición; se preguntaba por qué los jóvenes no creaban una escuela "...esencialmente nacional, moderna y en armonía con los progresos de... su siglo". Opinaba que la Academia había permanecido "...estacionaria, consagrada a su tarea imitativa..." (El artista, TI, México, 1874). Al igual que él, varios intelectuales liberales sentían la necesidad de crear un arte nacional. Críticos como José Martí, Jorge Hammeken y Mexía y Felipe Gutiérrez abrieron la polémica sobre el camino que debía seguir la producción artística, especialmente la pintura.

Los ejemplos de pintura histórica son escasos y en general representan episodios lejanos, pero son significativos porque reflejan el concepto de historia en la valorización que se hace de ciertos momentos o héroes. Así, destacan el pasado prehispánico como base de la cultura y la historia nacional, pero nunca al indio de esa época pues, por el contrario, los liberales trataban de aniquilar las supervivencias indígenas, conservando sólo el registro de ellas: deseaban incorporar al indio a la cultura occidental. El período colonial sólo se trató con relación a la labor educativa de los frailes y al proceso de ruptura, es decir, la lucha por la Independencia. Únicamente se pintaron, hasta donde se sabe, dos obras con temas de la historia reciente: La batalla del cinco de mayo de Primitivo Miranda, que representaba el momento cumbre de la resistencia liberal, y La denegación del indulto a Maximiliano de Manuel Ocaranza, tema controvertido al ser destruido el Imperio.

Una obra significativa fue el mural realizado en la Escuela Preparatoria por Juan Cordero en 1874. Fue encargado poraabino Barreda y tenía por tema El triunfo de la ciencia y el trabajo sobre la envidia y la ignorancia. Resulta interesante porque fue una de las primeras obras muralísticas en un edificio público civil y refleja el interés de los exponentes del positivismo en México por el papel del arte en la cultura nacional. Barreda refería el arte a los sentimientos, emociones, sensaciones ya todas aquellas experiencias que, según él, no podían ser explicadas por la ciencia y la razón. Por otro lado, para Barreda el arte adquiría sentido en relación con lo útil, concepto ligado a la filosofía positiva.

El paisaje siguió un camino diferente: se copiaba de artistas europeos directamente, pero también se observaba la naturaleza. Se ejecutaron paisajes, sobre todo del valle de México, especificándose el punto desde el cual se tomaba la vista; algunas veces se representaba la propiedad de algún particular, y generalmente se incluían edificios que en muchas ocasiones eran de la época colonial.

El retrato fue uno de los géneros que tuvo mayor demanda, tanto el de particulares, que así perpetuaban su memoria, como el de héroes que fue muy popular.

A pesar de que la abundancia de obras podría ser la expresión de un floreciente mercado de arte, no fue así. Por un lado los coleccionistas prefirieron comprar obras



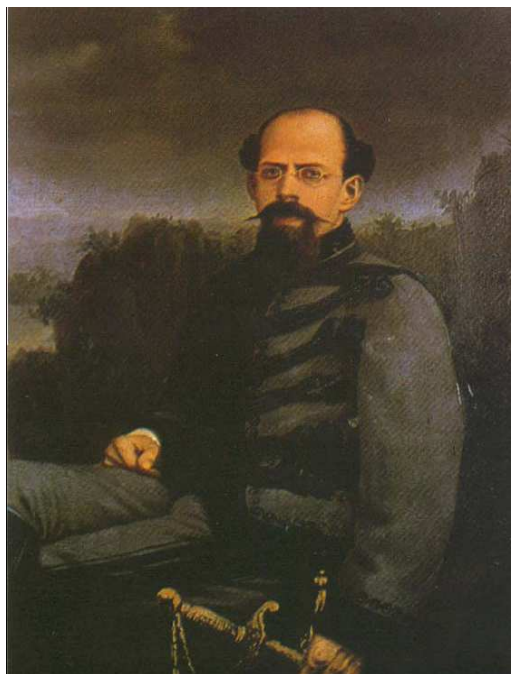
de artistas europeos o antiguas, pues en las principales colecciones del país abundaban ese tipo de obras; asimismo, se decía que en México no existía el gusto por las bellas artes. Es claro que los artistas académicos no podían vivir sólo de comisiones, a menos que fuesen famosos, sino que necesitaban tener otro trabajo. El más prestigioso fue copiar retratos de fotografías o iluminarlos; pero también se dedicaron a la decoración.

### Contribución de la producción escultórica en la creación de una memoria común

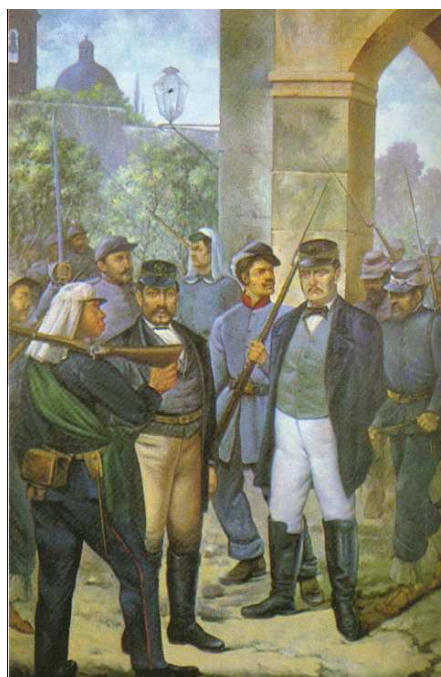
En la enseñanza de escultura en la Academia también hubo cambio de director; Miguel Noreña sustituyó a Felipe Sojo pero los métodos de aprendizaje siguieron siendo los mismos. La temática predominante fue la religiosa, la clásica



*Carnaval de Morelia.* José María Jara. 1867-1939. Pintor académico costumbrista. Profesor de pintura y dibujo en el Colegio de San Nicolás en Morelia.



*Retrato de Vicente Riva Palacio.* Tiburcio Sánchez. 1878. Personaje liberal  
Característico de la época por la multiplicidad de sus actividades: militar,  
político, abogado, escritor y periodista.



*Aprehensión de José María Arteaga y Carlos Salazar.* Primitivo Miranda. 1875.  
Los críticos de la época pedían el tratamiento de temas de la historia nacional  
para crear una verdadera escuela mexicana de pintura.

y los retratos que representaban tanto a hombres destacados en la historia de la institución como personajes de la época.

La producción escultórica fuera de la Escuela presenta mayor interés, sobre todo si se estudian los proyectos de monumentos realizados en esa época. En ellos tuvo injerencia la Academia, pues algunos de sus miembros participaban como jurados de las comisiones encargadas de calificar los proyectos. Se pretendía rendir homenaje a los "héroes de la humanidad", como los llamaba Barreda, especialmente aquellos que de alguna manera habían aportado beneficios al país; Colón, quien hizo posible la vinculación de la cultura occidental, y Humboldt, quien con su obra había llamado la atención de los europeos sobre las riquezas del país. Además, se pretendía rendir culto a los héroes que personificaban la imagen de México y su historia que le interesaba mantener y difundir al grupo hegemónico. Así, algunas obras responden a la "oficialización" de un héroe, ya que en este período se declararon beneméritos y se les rindieron honores a varios personajes. En su mayoría fueron individuos que destacaron en las guerras de Reforma y de Intervención (Vicente Riva Palacio, Nicolás Régules, Ramón Corona, Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Ignacio de la Llave, Francisco Zarco, José Ma. Arteaga), y otros representaban la tradición sobre la que se fincaba la historia de la República. Miguel Hidalgo como padre de la patria, Valentín Gómez Farías como forjador del primer gobierno liberal e Ignacio Comonfort como el presidente que avaló la Constitución de 1857.

### **Usos de la producción gráfica**

El grabado realizado en la Academia tampoco presenta grandes cambios; se siguieron enseñando las técnicas tradicionales: grabado en madera, en lámina y en hueco, desapareciendo del currículum la litografía. En la Escuela se le dio mayor importancia a la copia de cuadros que servían para ilustrar diversas publicaciones ya la creación de viñetas, sobre todo para periódicos, pues parece ser que en algunas ocasiones se encargaban ilustraciones a los alumnos del ramo. La temática era

mitológica, religiosa, histórica y retrato, abarcando este último a personajes famosos de la historia y de la cultura universal. con la intención ya mencionada para la pintura y la escultura.

En el grabado en hueco se ejecutaron medallas conmemorativas de eventos públicos, y las que se daban como premio en las exposiciones municipales. De esta manera se comprueba que la Academia y gente ligada a ella siguió proveyendo los troqueles y medallas de uso oficial.

Fuera de la Academia, las artes gráficas florecieron tanto en el grabado comercial, muy parecido en lo formal al ejecutado en la Escuela, como en la litografía que tuvo un uso interesante en la caricatura política, esa nueva forma de expresión con un lenguaje propio, alejado del académico tanto técnica como formalmente. Como dice Esther Acevedo, esta expresión tuvo por objeto criticar el proyecto liberal de nación, pero desde el punto de vista de las mismas facciones liberales. El grabado comercial gozó de gran demanda para la ilustración de periódicos, revistas, libros, así como para los anuncios de casas comerciales, que comenzaban a abundar. La publicación de impresos proliferó debido a la libertad de imprenta, que en ocasiones se limitó, pero no se coartó como en el Porfiriato.

Algunas veces se utilizó la fotografía como base para las ilustraciones de periódicos, revistas y libros, pero su uso más difundido fue para retratar a la sociedad de la época, desde la dama elegante y rodeada de lujos hasta la familia de los artesanos. Para todos resultaba ya una moda el disponer de esos recuerdos que, además, tenían un precio más accesible que un retrato al óleo. Por otro lado, la fotografía respondía al interés científico de la época, pues se proclamaba su mayor apego a la realidad que la pintura.



*Droguería La Profesa. Tomado del Atlas de los Estados Unidos Mexicanos de Eduardo Bouligny 1884. El grabado comercial tuvo gran demanda para ilustración de libros, revistas y periódicos.*

## Arquitectura y desarrollo urbano

La arquitectura en ese momento disfrutó un desarrollo mayor que en años anteriores, la relativa paz y estabilidad permitió la construcción tanto de edificios públicos como de casas particulares, desarrollo que habría de tener su auge en el Porfiriato. Dolores Morales señala varias razones para la expansión de la ciudad de México en este período, entre ellas la desamortización, que puso en movimiento el mercado de bienes raíces al romperse las viejas estructuras; la centralización de la política, la economía y la cultura en la Capital del país; el aumento de población; el





*Cámara de Diputados. Luis Garcés. 1880-1883. En México pintoresco, artístico y monumental. En estos años se quemó la Cámara que existía en Palacio Nacional por lo que se trasladó a este sitio que fuera el Teatro Iturbide.*



*El Citlaltépetl. José María Velasco fue el alumno preferido de Eugenio Landesio quien promovió su obra y lo recomendó como su sucesor en la clase de paisaje en la Academia.*

cambio en el patrón de las vías de transporte, sobre todo el ferrocarril que permitió el fácil acceso a la periferia; la creación de nuevas fuentes de empleo; y la posibilidad de especular con las tierras agrícolas ubicadas en los alrededores.

En cuanto a la nacionalización de bienes, el gobierno volvió a crear una oficina especial —la Administración de Bienes Nacionalizados— y se tomaron tres medidas al respecto: las comunidades religiosas, que se habían vuelto a instalar durante el Imperio, fueron obligadas a desocupar los conventos; los despojados por la revisión ordenada por el gobierno de Maximiliano fueron restituidos; se procedió a acabar con el rescate de bienes, pero en términos más difíciles que los anteriores.

Un artículo de la época escrito por un arquitecto de la Academia define el concepto que se tenía sobre la arquitectura: era la que imprimía al edificio "un sello especial, un espíritu que corresponda a su destino", lo cual lo diferenciaba de la ingeniería. Los alumnos y egresados de la Escuela encontraban trabajo en todas las nuevas obras que se estaban realizando para darle operatividad económica al país: vías de ferrocarril, carreteras, instalaciones portuarias y de teléfono. Utilizaban la influencia de maestros, amigos y parientes para obtener los platos más codiciados; por ejemplo en el nombramiento para obras de camino tuvieron gran influencia los arquitectos Juan Cardona -maestro de la Escuela- Francisco Martínez Chavero, pariente de Cardona y jefe de la sección de caminos del Ministerio de Fomento.

El desarrollo de la ciudad obligó a realizar obras públicas, o por lo menos a pensar en hacerlas y a reglamentar ciertos aspectos urbanísticos como la creación de colonias. La reglamentación surgió de la necesidad de disponer de varias zonas para alojar a la industria, a los trabajadores que éstas necesitaban, a las personas que querían salirse de las zonas densamente pobladas. Además se trató de solucionar el problema del desagüe de la ciudad y se procuró que las obras de servicio público como rastro, cementerios y mercados, cumpliesen con las normas de higiene. Por otro lado, debido a la apertura de las calles y la destrucción de edificios hubo que tomar medidas para embellecer la ciudad, pues su aspecto debió ser ruinoso, cuando debía ofrecer uno limpio y agradable, de ciudad moderna y segura que presentara una buena imagen del país a los extranjeros que lo visitaban por vez

primera. La tarea de entretener a la población la cumplieron los paseos, funciones de teatro, corridas de toros y las celebraciones de fiestas cívicas.

A través del estudio anterior se puede apreciar que existía, en este período, la necesidad de construir y orientar una cultura nacional que respondiese a las necesidades del momento, por lo que se crearon leyes de educación e instituciones que permitieran llevarlas a la práctica. También era preciso dar solución a los problemas prácticos y cotidianos, de ahí las leyes y proyectos de urbanización, de monumentos, de exposiciones, de educación artesanal. Los liberales identificaban el progreso de las artes con el de la nación lo cual se manifestó entre otras formas, en una imagen pública plasmada en retratos y monumentos de héroes, en la representación de ciertos hechos históricos nacionales y en el nombramiento de plazas y calles en su honor. Es decir, se pensó crear una memoria nacional, oficial, que legitimase al grupo en el poder y que sirviera de elemento cohesionador para una nación desgarrada por tantas diferencias. Sin embargo, aunque se clamaba por un arte nacional, no se sabía a ciencia cierta cómo se conformaría éste.

Los individuos que formaban parte del grupo dominante -de las diversas facciones políticas- también requerían una imagen de sí mismos, de sus pertenencias, de sus gustos, intereses e inclinaciones políticas. Para responder a esta demanda de producción plástica se recurrió tanto a la institución artística oficial, la Escuela Nacional de Bellas Artes, como a los talleres particulares, lo cual sólo en algunas instancias significó un cambio en el aspecto formal.

#### Referencia bibliográfica:

CASANOVA, Rosa y Estela Eguiarte, "La producción plástica en la república restaurada y el porfiriato" en Historia del arte mexicano. Arte del siglo XIX II 16 vols. 1982, tomo 10, p. 1508-1532.



## **DIPLOMADO EN ESTUDIOS MEXICANOS**

### **Módulo III**

#### **Nación e Identidad**

---

#### **4.3 Literatura**

LECTURA OBLIGATORIA: CAMPO, Ángel del: "La muerte de Abelardo"  
pp. 1-14 y "Una humilde" pp. 93 -103 en Cartones, UNAM, México  
1997, Edt. fascimilar.

RIVAPALACIO, Vicente: "La horma de su zapato" pp. 41-48, "Las mulas de su  
Excelencia" pp 49-54 y "Por si acaso" pp. 79-81 en Cuentos del General,  
Obras escogidas, CONACULTA, UNAM, IMC, Instituto de Investigaciones  
José Ma. Luis Mora., México 1997.

## LA MUERTE DE ABELARDO

Todavía en la mañana lo vi platicando con varios amigos suyos; merodeó, como de costumbre, las fondas del vecindario y echóse a eso de las ocho de la mañana precisamente frente al zaguán, en una hermosa mancha dorada de sol.

Cuando Jesús, la portera, dueña suya, entró volviendo de la compra, entregóse Abelardo a locas carreras por la calle; bien sabía que era hora del almuerzo y seguía con la mirada atenta y la cola expresiva a la respetable señora. Hubo risas de manteca hirviendo en la sartén, escapóse el aroma de la salsa; en el sótano, que fungía de portería, y en torno de la estera, mueble de innúmeros usos, se agrupó la familia, y Abelardo, sentado sobre las patas traseras, ocupó un lugar entre el albañil y el niño que gateaba empuñando una tortilla hecha del comal.

Jamás -una experiencia adquirida a fuerza de contusiones se lo había enseñado- jamás Abelardo se permitió avanzar el hocico, ladrar, gruñir o externar manifestación alguna de apetito; el miraba con ojos vivarachos de perro bohemio cómo de la cazuela central pasaba a las otras el guiso, seguía el ascenso de las manos del plato a la boca y esperaba su turno: alcanzaba un hueso que a veces, para hacerlo desesperar, ponían a una altura exagerada, o lo lanzaban a muchas varas de distancia; aprendió a hacer solos, a pescar un frijol en el aire ya dar la mano antes de recibir el mendrugo como premio de sus habilidades.



Aquella mañana comió con apetito y lo perdí de vista. Quizá el presentimiento hizo que recordase, en el trayecto de algunas calles, escenas de las que él había sido actor. Por ejemplo, discutí el amor de la gente humilde por un animal que paga con creces una mala pitanza y un peor trato. Abelardo no hubiera salido de la casa en todo el día, si no fuera porque estorbaba al barrido y al regado del patio; la escoba lanzada intencionalmente sobre sus espaldas, le señalaba el rumbo de la calle; los vecinos ni le agradecían ni toleraban que, anunciara con ladridos a cuantos entraban o salían de la finca, y por eso el vagabundeo constituía su principal ocupación.

A la hora de rancho jamás faltó, y dadas las nueve de la noche se le arrojaba vergonzosamente al arroyo. Muchas veces llegué tarde y soñoliento, y muchas veces vi proyectarse junto a la mía su sombra; me seguía desconfiado y trotando a veces sobre mis pasos, a veces desde la acera de enfrente; pero al tocar, pegábase a la puerta, se escurría y sólo así conseguía dormir en cualquier rincón más abrigado que en la calle batida por los vientos.

Era feo, vulgar, de color amarillo de ocre manchado de siena quemada, hijo de padres viciosos; su constitución raquítica hacía pensar en las consecuencias de la vida plebeya de los azotacalles. Llamóme de él la atención su indiferencia para con los gatos y su odio reconcentrado, implacable, patológico, contra las gallinas, que le producían crisis de cólera rayanas en la hidrofobia.

Oír cantar a un gallo, lo ponía fuera de sí; ver a un plumífero de la especie, lo sacudía hasta la convulsión. ¿qué oculto drama, qué antecedentes misteriosos originaron ese modo de ser? Lo ignoro. Odiaba la música; un piano lo ponía en fuga. Era dócil, cariñoso, chancista con los niños, se captaba fácilmente la simpatía de los terranovas y parecía afectuoso; noté en él tendencias a la sociedad de los animales de collar o raza fina. Había un aristócrata bajo su zalea de escuintle vulgar y callejero.

Primero acercóse al lebrillo que había en el zaguán y bebió con avidez, como si lo devorase la sed; la emprendió contra una palangana de agua jabonosa donde yacían tres sábanas retorcidas y comenzó a tambalearse, arañó la tierra, lo sacudió un calosfrío primero; el estremecimiento fue creciendo y los ojos fijos como los de

un hipnotizado, las fauces abiertas, sin un gruñido, rígidas las patas, cayó al suelo sacudido por las convulsiones. Al verlo las criadas en este estado, se asustaron; la dueña no estaba ahí; en un momento circuló la noticia.

-Está envenenado el Abelardo.

Quedóse en medio del patio, inmóvil; mas al querer incorporarse, lo sacudía un nuevo acceso.

Temiendo que fuese rabia, todo el mundo cerró sus puertas, y desde los corredores, o tras de los vidrios, o por una puerta entornada, lo contemplaron.

-¿Qué sucede?

-Que quién sabe qué tiene el perro de doña Jesusita.

-Le han de haber dado yerba.

-Estricnina -dijo el estudiante de la principal, asomándose al corredor en pechos de camisa, con la izquierda dentro de un zapato y la diestra armada del cepillo de bolear-.

Estricnina -repitió: convulsiones tetánicas. Sáquenlo a la calle.

Nadie se atrevió a hacerlo. Un muchachillo acudió por fin y lo tomó de las patas traseras, lo meció dos o tres veces y lo arrojó al empedrado. Al golpe, el animal volvió en sí un momento; pudo incorporarse un poco, se arrastró con el flanco dejando un reguero de babas, y el ojo quemado por el sol de mediodía, el estómago con expansiones y contracciones de fuelle, con ansias de jadeo, las narices abiertas, los blancos colmillos al aire y la lengua caída, así estuvo breve rato. No había perdido el conocimiento: el ruido de los vehículos le sobresaltaba y el amor a la vida, el temor de perecer triturado, lo espoleaban para arrastrarse hasta la acera. Entretanto, el vecindario estaba conmovido: en los balcones y en los zaguanes se asomaban caras curiosas, los mandaderos interrumpían su marcha para formar círculo a la víctima, y los niños, movidos por malsana curiosidad, o lo lapidaban o lo punzaban con palos y bastones.

Se llamó al gendarme para que le diera un tiro: si era rabia, matarlo; si estaba envenenado, ¿por qué no acortarle la vida? El joven guardián se negó: los balazos tronaban fuerte y se hacía escándalo.

El animal, en tanto, volvía los ojos a la calle de la Granja, como si por ella esperara ver llegar a doña Jesús; pero doña Jesús no parecía.

El licenciado del 6, que se había bajado del tren, se detuvo en la esquina y no entró a su casa: precisamente frente al zaguán de ella expiraba *Abelardo*.



Acercóse para retroceder; no podía evitarlo, tenía un miedo mortal a los perros y hubo de tomar un coche, que lo dejó precisamente a cinco varas del intoxicado, trepando las escaleras con prisa de perseguido. Después, risueño y valeroso, se asomó al balcón; era uno de los que gritaban al gendarme:

-¡Mátelo, gendarme, ¿no ve que tiene rabia? Banea y eso es malo.

Tres o cuatro perros lo olieron y los mismos se pasaron de largo sin parecer inquietados en lo más mínimo por aquella bárbara y lenta agonía.

Por fin, apareció doña Jesús; ya lo sabía todo, hacía cinco calles que se lo habían dicho. No sólo, ya le azuzaba la sospecha de que la autora del canicidio fuera la portera de enfrente, enemiga suya. Era muy sospechoso que todos menos ella

contemplaran el fin del animal, y más sospechoso todavía que tuviera amarrado a su *Confite* del barandal de la escalera. Doña Jesús no pareció conmoverse mucho.

-La ve a usted, doña Jesusita. ¡Pobrecito perro, hasta se diría que llora! No le falta más que hablar. ¡Animas, qué saltos! ¿Qué sentirá? Es una inhumanidad que los martiricen así.

¿Qué hacen los pobres? A ver tú, *Jazmín*, ven acá, cuidado y te vas y te pasa lo mismo.

-Por eso el mío tiene collar.

-y el mío no come nada que yo no le dé, está muy bien enseñado.

-Seis centavos dan por cada uno que matan. ...

-Ahora si creo que se murió. ... en efecto, un largo sacudimiento volteó boca arriba al *Abelardo*,. las cuatro patas, rígidas, hacia el cielo; el hocico abierto, como si aspirase una ancha bocanada de aire. Después cayó de lado, aflojéronse los miembros, la cabeza doblóse sobre el pecho y una oreja, una hermosa oreja lanuda, cubrió el ojo que veía fijamente las lejanías. Lo sacudieron, lo alzaron de las patas y la cola... había muerto.

Todos se dispersaron, quedóse en medio de la calle. Doña Jesús comió sin aquel huésped de su mesa, y a las dos horas un perro que pasaba olfateólo por última vez. El licenciado, tranquilo y sin recelo, encendió un cigarro esperando el tren junto a los rieles, y se entretuvo en picotear al cadáver con la punta de su paraguas.



## UNA HUMILDE

*Para Federico Gamboa*

Como al barrer mi cuarto ha visto debajo de la cama un cajón de vino lleno de huesos humanos, tibias rotas, omóplatos estrellados, vértebras caladas por la polilla y un cráneo ennegrecido por la tela de araña, cree la pobre, vieja que soy médico y puedo curarla. Se llega hasta la sala donde escribo, abre la puerta delicadamente y plantándoseme enfrente, con voz temerosa, como quien se confiesa de una culpa, hace el relato de sus dolencias. -La cosa, le empieza al caer la tarde, la sacude el calosfrío, se empapa e un sudor helado, siente la cabeza vacía, zumbidos de oído, sabor a cobre, profunda debilidad, inapetencia y un dolor aquí, abajo de las costillas, como si se le deshicieran los pulmones; en la noche no pega los ojos, cada tosida diríase un arrancamiento, escupe sangre y queda desvanecida. Lleva ya muchos días, no se ha hecho caso, ha salido con solo lluvia, ha lavado trastos como siempre, pero hoy... hoy ya no puede, se le doblan las piernas y se le caen las cosas de las manos.

Puedo muy bien, porque lo tengo en el bolsillo, alargarle un peso que gastaré en obsequiar a mis amigos (algunos de los que hablan mal de mí después de haberme dado las gracias o no dárme las ) pero paréceme demasiado para una criada, y encendiendo un cigarro, casi con mal humor, estirándome en el sofá, la mando gravemente a la esquina, donde hay una botica y consulta de 3 a 6 para los pobres.



Vase... Reanudo mi divagar sobre Filomena, procurando explicarme por qué anoche, en vez de llamarme por mi nombre, me dijo mi apellido.

Ella, Nabora, entretanto sale, oigo el ruido del portón, su paso vacilante de vieja que claudica en la escalera y después su detención en el descanso, donde la sorprende un acceso de tos... Lloverá. ... pero tiene tiempo de llegar. No voy a salir, podría prestarle mi paraguas, pero ¿y si se me ocurre usarlo?... y vuelvo a Filomena ya sus incomprensibles humoradas, es una deliciosa... pero cruelísima criatura. Ya llueve y recio. Me he quedado dormido en el sofá, ¿y esa pobre, ¿volvería? Sí, ahí llega hecha una sopa, mostrándome unas píldoras, unas cucharadas y unos papeles, fiados quizá. Le prescriben dieta absoluta y cama desde luego. Pero no se acostará hasta que no haya tendido mi lecho, puesto agua en mi tocador y servido mi cena.

Y huyo de mi casi por no oírla toser, hay grito, hay sollozo, hay estertor en esa tos cascada de vieja moribunda, a cada sacudida truenan sus averiados huesos y diríase que un acceso, las hinchadas venas se le van a reventar; se pone negra de sofocación, ¡pobre Nabora!

He preguntado por ella a la hora de comer; un viejo compañero de colegio, estudiante todavía, a quien encontré casualmente en la calle, ensaya en ella varios medicamentos para la pleuresía, sobre la cual escribirá su tesis, y Nabora es un caso clínico *delicioso, típico, lindísima*.





Su amiga la portera la cuida, y si no, su hija, una mocosuela bulliciosa que con dos terrones de azúcar y un espejo redondo, tijeras y trapos que cortar, es feliz en la pieza oscura y malsana donde juega canturreando.

Sabe que Nabóra guarda en su baúl verde con forma de féretro, colocado sobre dos banquillos, multitud de chucherías que la seducen, estampas de santos, pedazos de muñecos de porcelana, hilachos de colores, cajas de cerillos desocupadas, cuanto se tira en las recámaras por inútil y guardan los criados con instinto de urraca. Como ha oído que se va a morir la inocente criatura! le ha dicho zalameramente que todo se lo deje de herencia. La pobre enferma lo ha prometido así, pero ya desde antes dio orden a la portera de que todo, absolutamente todo, se entregará a su amo.

Cabrera, el estudiante de medicina, me manda llamar, entro a la pieza, en cuyo aire confinado flotan densas emanaciones de ungüentos y cataplasmas. Huele a fiebre. El galeno en ciernes, después le lavarse las manos, en mangas de camisa, se abrocha los puños postizos, poniéndose el saco y echándose bajo el brazo un robusto tratado de obstetricia forrado de hule, me atrae al corredor .

-El cáustico no hizo efecto, ya no hay sujeto, es cuestión de horas, y cede su lugar al Padre, porque parece que la paciente es católica. Amanecerá, si es que amanece, agonizando. Volverá en la noche y le meterá una buena inyección de morfina para evitarle siquiera el sufrimiento.

Me contraría eso, pienso en la entrada del Viático, los rezos, las angustias, el estertor; un sentimiento humanitario me impele al lecho de esa buena, de esa antigua, de esa fiel sirviente; pero... esa cita con Filomena, a las siete! Y cuando vuelvo muy tarde a casa, encuentro el zaguán abierto porque me esperan ; ya está acabando, acudo, miro esos ojos torcidos, esa boca despellejada y seca de fiebre, oigo el angustioso estertor, un hondo suspiro y después el rodar de una cabeza inerte.

Me acurruco en un sofá y pienso en el entierro. Galán, el cochero de mi vecino, se encargará de todo... ¿A qué hora saldrá el tren de los pobres? pero, ¿la despacharé así, como un paria? Y pienso en que me vio nacer; pienso en que me cargo; pienso en que ni un instante se separó de mí cuando tuve el croup, pienso que siempre

hallé en su baúl un centavo para mis golosinas, que me vistió, me persignó, adoró a mi madre; en la pobreza no demandó ni sueldo ni pitanza, y en los buenos tiempos no exigió aumento de gajes; pienso que se declaró hija de la familia, sufrió malos tratos, y cuando su ama voló al cielo, lloró con nosotros, con los huérfanos, y no nos abandonó en tan duro trance. ..¡Pobre Nabora! No, no merece la fosa común; mi madre la hubiera velado, la hubiera rezado, la hubiera llorado, y conmovido por ese recuerdo la compasión me empapa.

No quiero ir al entierro, pero le mando unas flores, cincuenta centavos de rosas blancas! Como era fea, llegó a sexagenaria siendo virgen.

Es preciso premiar a esas buenas mujeres que la han asistido, dándoles su rota cama, su baúl verde, su ropa. En mi presencia abren el mueble: muy dobladas y limpias enaguas, rebozos, pañuelos de yerbas, sacos mal cortados, botines liados en trozos de manta, una canasta con el peine, la escobeta, el espejo redondo y un jabón de baño rosa vivo. En una caja de puros, sus útiles de coser, su rosario, un canutero en forma de pantorrilla terminada en una bota de empeine muy corvo, santos al cromo y unos anteojos de vista cansada; de una alcancía de barro, en forma de naranja, sacan con mucho trabajo, siete centavos; pero no, no era ese su tesoro, ella lo decía, su tesoro estaba en el fondo, en esa caja que fue de sombreros, con un ramo de rosas recortadas en la tapa de papel verde imitando moaré, allí, envuelto en una cascada de seda, está ( ¡ah, se me llenan los ojos de lágrimas! ) un tosco relicario de cobre y dentro un mechón de cabellos finísimos y canosos, formando marco a un viejo retrato... cabellos y retrato de mi madre, y junto, cuidadosamente protegido por un papel de China, un zapatito de punta roída, atado con cordones blancos, un zapatito mío...

¡Pobre vieja, y no tuve para ti, corazón que me amaste, sino cincuenta centavos de rosas blancas!

Referencia bibliográfica:

CAMPO, Ángel del: "La muerte de Abelardo" pp. 1-14 y "Una humilde" pp 93 -103 en Cartones, UNAM, México 1997, Edt. facsimilar.

## LA HORMA DE SU ZAPATO

Con sólo que hubiera tenido talento, instrucción, dinero, buenos padrinos y una poca de audacia, habría hecho un gran papel en la sociedad el amigo que me refirió lo que voy a contar. Pero aunque de escasa lectura, como es viejo y no ha salido de Madrid, tiene mucho mundo, y debe creer que es una verdad cuanto me dijo, y allá va ello.

Hay en el infierno jerarquias, lo mismo que en el cielo y en la tierra; y hay diablos que ocupan encumbrados puestos, mereciéndolos o no; al paso que hay otros que se llevan de cesantes, sin tener ni una mala alma de usurero a quien dar tormento, ni reciben siquiera la comisión de pervertir en el mundo, para llevar al reino de las tinieblas el espíritu de algún desesperado mortal.

Uno de éstos, de quien se decía que por pasarse de listo había sido dado de baja, andaba siempre en pretensiones sin poder alcanzar empleo; entre los diablos mejor informados y que estaban al corriente de las intrigas políticas, se aseguraba que este infeliz, que tenía por nombre Barac, que en hebreo tanto quiere decir como Relámpago, debía todos sus infortunios a la enemistad de otro diablo llamado Jeraní (engañador), que le tenía jurado odio mortal y que se había propuesto ponerle siempre en ridículo.

Pero a pesar de este odio y esa mala voluntad, Barac alcanzó al fin contar con buenos padrinos, seguro ya de burlar todas asechanzas de Jeraní, que con esto quedaba vencido.

Un día, Luzbel, aunque, poniendo mal ceño, llamó a Barac y le dijo:

-Si usted quiere -porque también en el infierno hay urbanidad- que se le reponga en su destino de tostador de malcasadas, que yo sé que es bastante alegre y socorrido, va usted a salir al mundo, y dentro de quince días, a las doce en punto de la noche, del lugar en que usted estuviese, ha de traer usted un alma de mujer, joven y bonita.

-Está muy bien -contestó Barac-, supongo que se me darán los recursos y que podré salir en seguida.

Saldrá usted en seguida y se le dará a usted lo que sea necesario; recurra usted al tesorero.

Cómo saldría Barac del encierro, aunque no lo dijo el narrador, bien se puede suponer. Hacía muchos siglos que no andaba por el mundo, y cuando él se creía encontrar a los hombres cubiertos de hierro con sus pesadas armaduras, y las ciudades amuralladas, y grandes carros por los caminos, avanzando penosamente, y castillos feudales, y navíos con remeros, creyó morir de asombro al ver que el mundo que encontraba en nada se parecía al que había dejado; y tanta fue su turbación, que llegó a pensar que había equivocado el camino, y que no era la Tierra, sino alguno de los otros planetas, en donde se había detenido.

Pero casualmente se encontró en la Puerta del Sol, y por las conversaciones y por los gritos de los voceadores de periódicos pudo cerciorarse muy pronto de que andaba en la Tierra, en Europa y en la capital de España.

Apareció como un hombre de treinta y cinco años, moreno y elegante; pero como no tenía cédula de vecindad, determinó pasar por un americano rico que venía a gastar su dinero en España. se instaló en el Hotel de Roma, se hizo presentar en el Veloz y comenzó a recorrer la ciudad en busca de su víctima.

¡Qué mujeres tan guapas encontraba a cada momento! Ya era una joven aristócrata envuelta en pieles, porque era invierno, cruzando en elegante carruaje al garboso trotar de una soberbia pareja de caballos. Ya una chula, arrebuja en su grueso mantón que ceñía su cuerpo, dibujando una cintura ideal, y que pasaba rápidamente a su lado. Ya una mujer esbelta, que debajo del sombrero lanzaba rayos luminosos de dos ojazos como dos soles.

Nuestro pobre diablo, que se hacía llamar el marqués de la Parrilla, título alusivo a su oficio, se encontraba, como diría un elegante novelista, "bogando en un agitado mar de confusiones" o "arrebatao por un torbellino de incertidumbres". Todas le parecían a propósito, a todas quería seguir porque había adquirido caracteres

humanos; le gustaban ya las mujeres guapas, y él quería cumplir su comisión, adunando la honra con el provecho.

Así pasaron tres o cuatro días; y una tarde, por la calle del Caballero de Gracia, al salir del hotel vio pasar una chica de buten -porque ya él sabía decir de buten- Era una morena de ojos negros, un ligero bozo sobre el labio superior, unos dientes blancos y perfectos, ancha de espaldas, alta de pecho, delgada de cintura, pie pequeño y andar majestuoso. Ésta me conviene -dijo- y se puso a seguirla.

Caminó algún tiempo detrás de la desconocida; en la esquina de la calle de Alcalá la vio detenerse y hablar con un caballero, que afortunadamente para el marqués era un su conocido de confianza. La conversación fue rápida; el caballero se despidió de la chica, y a pocos pasos se encontró con el marqués.

-¡Hombre! -dijo éste sin saludar- ¿Quién es esa mujer tan guapa con quien ha hablado usted?

-¡Marqués! Parece increíble que no la conozca usted. Ésta es la Menegilda.

-¿Pero así se llama?

-No; pero es una corista de quien cuentan que cuando se dio La gran vía en Barcelona representaba ese papel, y en los palcos del Veloz la llamamos la Menegilda; yo creo que su nombre es Irene.

-Y esa señora que la acompaña, ¿es su mamá?

-Sí, su mamá postiza, porque estas muchachas suelen cambiar de madres.

-Pero, ¡qué guapa es! -dijo el marqués.

Es muy guapa; pero no se meta usted con ella, porque sabe más que Lepe, y es capaz de darle un timo al diablo. Conque, ¡adiós!

No se sabe si por lo de Dios, o por lo del timo, el marqués sintió una sacudida nerviosa. Pero estaba resuelto, tenía ya los datos suficientes, y siguió a la Menegilda hasta verla entrar en el teatro Apolo por la puerta de la calle del Barquillo.

Desde aquel día no faltó el marqués una sola noche al teatro de Apolo, instalándose desde la primera función en uno de los palcos del Veloz, y siguiendo con los gemelos, a la graciosa corista cada vez que pisaba la escena. Comenzó por enviarle flores, dulces y, por último, una carta pidiéndole una entrevista. La chica aceptaba

las flores, que lucía en el pecho al salir a cantar; se comía los dulces, y a la carta contestó con otra en muy buena letra y una buena ortografía accediendo a la entrevista, pero delante de su mamá.

El marqués recibió aquella respuesta con la mayor alegría, primero porque se figuró que era negocio arreglado, y después porque realmente se había llegado a enamorar de la Irene. Habían transcurrido ocho días en todo esto, y era tiempo más que suficiente para que un personaje tan fosfórico se inflamara, sin contar que todos los compañeros de palco y todas las muchachas del coro se habían enterado de aquellos platónicos amores.

A la hora citada llegó el marqués en uno de los coches del Veloz a la casa de Irene, que vivía en un tercero interior de la calle del Tribulete.

Cuidaba de la portería una tribu, dos viejas y una muchacha que cosía, tres chicos que jugaban y un perrillo que dormía a los pies de las mujeres; y como el portal era angosto, tuvieron que levantarse todos para dejar pasar al marqués.

Más por curiosidad que por vigilancia, le preguntaron adónde iba; contestó que al tercero, y le advirtieron que había principal y entresuelo.

Fatigado y jadeante, tropezando con los oscuros tramos de la escalera, llegó el marqués a la puerta del cuarto. Tiró del sucio cordón de la campanilla, sonó por dentro una especie de cencerro, inmediatamente la madre de Irene hizo jugar el disco de metal que cubría el ventanillo circular de la puerta para mirar quién llamaba y corriendo en seguida el cerrojo, abrió ceremoniosamente al marqués.

En una salita en la que apenas cabían cuatro personas, sentada en un viejo diván esperaba Irene, peinada y vestida con más cuidado que de costumbre ostentando un ramito de violetas, último obsequio del marqués, prendido graciosamente sobre el pecho.

Saludó el marqués tímidamente porque estaba enamorado de veras; la mamá acercó la silla y dio principio la conversación por la, en esos casos, inevitable revista meteorológica.

-El tiempo está muy frío. En el escenario hace mucho frío. Pero son más fríos los cuartos en que se visten las artistas, y los palcos no dejan de ser fríos, y en la calle se siente un frío que hiela.

Y el resultado era una conversación capaz de convertir en un helado a los tres interlocutores, y que el marqués no sabía por dónde comenzar, y la chica y la vieja procuraban halagarle, ya tomándole el sombrero para ponerlo en una silla, ya apartando algo que pudiera molestarle en el asiento que ocupaba, y siempre hablándole de las penas que tenía la Irene para pasar honradamente la vida, y de las muchas y grandes tentaciones que había resistido victoriosamente, sin excusar, por supuesto, nombres de condes, duques, marqueses y banqueros que se habían estrellado ante la rigidez de las virtudes de aquella beldad.

Nada menos que en esos momentos en que se encontraba en tan grandes aflicciones, un comerciante muy rico de la calle de la Montera había mandado a Irenita una carta con un billete de mil pesetas, que la chica no quiso aceptar porque, como decía la mamá, Irene dice que cuando haga alguna cosa no será por interés, sino por cariño, y sólo de un hombre que de veras sea capaz de recibir algo; porque ese señor será muy rico, pero a Irene no le sale del corazón quererle, ¿verdad hija? y de usted me ha dicho que le simpatiza mucho, ¿es verdad?

-¡Qué cosas tiene mi mamá! ¡No le haga usted caso, marqués!

El marqués creyó que era llegada la oportunidad; iba a soltar ya una declaración en forma, cuando sonó la campanilla; pero no fue la madre que se levantó, sino Irene. Pasó un rato; volvió en seguida, pero la oportunidad había pasado, y el marqués tuvo que despedirse, no sin promesa de volver.

Aquella noche escribió a Irene, y dentro de la carta puso dos billetes de banco de mil pesetas, pidiéndola perdón por aquel atrevimiento.

Cuando el marqués salió de la casa de Irene, la mamá le había dicho a la chica:

-Es simpático, y te conviene; lo único que me disgusta es que tiene un olorcito como de yodoformo-; y la misma observación habían hecho los del Veloz.

Naturalmente, como que del infierno algo le había quedado a Barac.



Desde aquel día las entrevistas fueron más frecuentes; el marqués llegó a apasionarse profundamente de Irene, porque no era Irene como se la habían pintado y como él la creyó en la primera entrevista: una mujer interesable y vulgar; por el contrario, dotada de una imaginación ardiente y de una gran inteligencia, a sus naturales gracias, reunía una instrucción poco común entre las muchachas de su clase, y mostraba una gran elevación de sentimientos. Las horas volaban para el marqués; se acercaba el momento de regresar al infierno, y ya sentía tener que abandonar la Tierra, aun cuando estaba seguro de llevar consigo el alma de aquella muchacha. y después de todo, lo que más le apenaba era que aquella alma iba a tener que sufrir los tormentos eternos; influyó esto de tal manera en su carácter, que comenzó a ponerse triste.

Irene, por su parte, era una mujer verdaderamente romántica, y una noche, nada menos que en la que iba a cumplirse el plazo, los dos amantes se encontraron en la casa de Irene, que no había querido ir al teatro.

El marqués miró la esfera de un reloj pendiente en el muro; faltaban diez minutos para las doce: diez minutos no más de felicidad. Irene adivinó, como adivinan las mujeres que aman de veras, lo que pasaba en el corazón del marqués, y poniéndose de pie repentinamente, le dijo con aire solemne.

-Nosotros no podemos ser felices sobre la Tierra. ¿Quieres que muramos juntos? ¿Quieres que se funda nuestro amor con nuestra vida en el último abrazo?

## **LAS MULAS DE SU EXCELENCIA**

En la gran extensión de Nueva España, puede asegurarse que no existía una pareja de mulas como las que tiraban de la carroza de su excelencia el señor virrey, y eso que tan dados eran en aquellos tiempos los conquistadores de México a la cría de las mulas, y tan afectos a usarlas como cabalgadura, que los reyes de España, temiendo que afición tal fuese causa del abandono de la cría de caballos y del ejercicio militar, mandaron que se obligase a los principales vecinos a tener caballos propios y disponibles para el combate. Pero las mulas del virrey eran la envidia de todos los ricos y la desesperación de los ganaderos de la capital de la colonia.

Altas, con el pecho tan ancho como el del potro más poderoso; los cuatro remos finos y nerviosos como los de un reno; la cabeza descarnada, y las movibles orejas y los negros ojos como los de un venado. El color tiraba a castaño, aunque con algunos reflejos dorados, y trotaban con tanta ligereza que apenas podía seguir las un caballo al galope.

Además de eso, de tanta nobleza y tan bien arrendadas, que al decir del cochero de su excelencia, manejarse podrían, si no con dos hebras de las que forman las arañas, cuando menos con dos ligeros cordones de seda.

El virrey se levantaba todos los días con la aurora; le esperaba el coche al pie de la escalera de Palacio; él bajaba pausadamente; contemplaba con orgullo su incomparable pareja; entraba en el carruaje; se santiguaba devotamente, y las mulas salían haciendo brotar chispas de las pocas piedras que se encontraban en el camino. Después de un largo paseo por los alrededores de la ciudad, llegaba el virrey poco antes de las ocho de la mañana, a detenerse ante la catedral, que en aquel tiempo, y con gran actividad, se estaba construyendo.

Iba aquella obra muy adelantada, y trabajaban allí multitud de cuadrillas que, generalmente, se dividían por nacionalidades, y eran unas de españoles, otras de indios, otras de mestizos y otras de negros, con el objeto de evitar choques, muy comunes, por desgracia, entre operarios de distinta raza.

Había entre aquellas cuadrillas dos que se distinguían por la prontitud y esmero con que cada una de ellas desempeñaba los trabajos más delicados que se le encomendaban, y era la curioso que una de ellas estaba compuesta de españoles y la otra de indios.

Era capataz de la española un robusto asturiano, como de cuarenta años, llamado Pedro Noriega. El hombre de más mal carácter, pero de más buen corazón que podía encontrarse en aquella época entre todos los colonos.

Luis de Rivera gobernaba como capataz la cuadrilla de los indios, porque más aspecto tenía de indio que de español, aunque era mestizo del primer cruzamiento, y hablaba con gran facilidad la lengua de los castellanos y el idioma náhuatl o mexicano.

No gozaba tampoco Luis de Rivera de un carácter angelical; era levantisco y pendenciero, y más de una vez había dado ya que hacer a los alguaciles.

Por una desgracia, las dos cuadrillas tuvieron que trabajar muy cerca una de la otra, y cuando Pedro Noriega se enfadaba con los suyos, que eran muchas veces al día, les gritaba con voz de trueno:

¡Qué españoles tan brutos! ¡Parecen indios! Pero no bien había terminado aquella frase, cuando, viniendo o no al caso, Rivera les gritaba a los suyos:

-¡Que indios tan animales! ¡Parecen españoles! Como era natural, esto tenía que dar fatales resultados. Los directores de la obra no cuidaron de separar aquellas cuadrillas, y como los insultos menudeaban, una tarde Noriega y Rivera llegaron, no a las manos, sino a las armas,

porque cada uno de ellos venía preparado ya para un lance, y tocóle la peor parte al mestizo, que allí quedó muerto de una puñalada. .

Convirtiéndose aquello en un tumulto, y necesario fue para calmarle que ocurriera gente de justicia y viniera tropa de Palacio. Separóse a los combatientes: levantóse el cadáver de Luis de Rivera y atado codo con codo salió de allí el asturiano, en medio de los alguaciles, para la cárcel de la ciudad.

Como el virrey estaba muy indignado; como los señores de la Audiencia ardían en deseos de hacer un ejemplar, al mismo tiempo que complacer al virrey, y como existía una real cédula disponiendo que los delitos de españoles contra hijos del país fueran castigados con mayor severidad, antes de quince días el proceso estaba terminado y Noriega sentenciado a la horca.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los vecinos para alcanzar el indulto: ni los halagos de la virreina, ni los memoriales de las damas, ni el influjo del señor arzobispo, nada; el virrey, firme y resuelto, a todo se negaba, dando por razón la necesidad de hacer un singularísimo y notable ejemplar.

La familia de Noriega, que se reducía a la mujer ya una guapa chica de dieciocho años, desoladas iban todo el día, como se dice vulgarmente, de Herodes a Pilatos, y pasaban largas horas al pie de la escalera de Palacio, procurando siempre ablandar con su llanto el endurecido corazón de su excelencia

Muchas veces esperaban al pie del coche en que el virrey iba a montar, y contaban sus cuitas, que la desgracia siempre cuenta, al cochero del virrey, que era un andaluz joven y soltero.

Como era natural, tanto enternecían a aquel buen andaluz las lágrimas de la madre como los negros ojos de la hija. Pero él no se atrevía a hablar al virrey, comprendiendo que lo que tantos personajes no habían alcanzado, él no debía siquiera intentarlo. .

Y, sin embargo, todavía la víspera del día fijado para la ejecución decía a las mujeres entre convencido y pesaroso: ¡Todavía puede hacer Dios un milagro! ¡Todavía puede hacer Dios un milagro! y las pobres mujeres veían un rayo de esperanza, porque en los grandes infortunios, los que no creen en los milagros sueñan siempre con la inesperado.

Llegó por fin la mañana terrible de la ejecución, y cubierto de escapularios el pecho, con los ojos vendados, apoyándose en el brazo de los sacerdotes, que a voz en

cuello lo exhortaban en aquel trance fatal causando pavor hasta a los mismos espectadores, salió Noriega de la cárcel, seguido de una inmensa muchedumbre que caminaba lenta y silenciosamente, mientras que el pregonero gritaba en cada esquina:

-Esta es la justicia que se manda hacer con este hombre, por homicidio cometido en la persona de Luis Rivera. Que sea ahorcado. Quien tal hace, que tal pague.

El virrey aquella mañana montó en su carroza preocupado y sin detenerse, como de costumbre, a examinar su pareja de mulas; quizá luchaba con la incertidumbre de si aquello era un acto de energía o de crueldad.

El cochero, quien sabía ya el camino que tenía que seguir, agitó las riendas de las mulas ligeramente, y los animales partieron al trote. Cerca de un cuarto de hora pasó el virrey inmóvil en el fondo del carruaje entregado a sus meditaciones; pero repentinamente sintió una sacudida, y la rapidez de la marcha aumentó de una manera notable. Al principio prestó poca atención, pero a cada momento era más rápida la carrera.

Su excelencia sacó la cabeza por una de las ventanillas y preguntó al cochero:

-¿Qué pasa? -Señor, que se han espantado estos animales y no obedecen.

y el carruaje atravesaba calles y callejuelas y plazas, y doblaba esquinas sin chocar nunca contra los muros, pero como si no llevara rumbo fijo y fuera caminando al azar.

El virrey era hombre de corazón, y resolvió esperar el resultado de aquello, cuidando no más de colocarse en uno de los ángulos del carruaje y cerrar los ojos.

Repentinamente detuviéronse las mulas; volvió a sacar el virrey la cabeza por el ventanillo, y se encontró rodeado de multitud de hombres, mujeres y niños que gritaban alegremente:

-¡Indultado! ¡Indultado! La carroza del virrey había llegado a encontrarse con la comitiva que conducía a Noriega al patíbulo; y como era de ley que si el monarca en la metrópoli, o los virreyes en las colonias, encontraban a un hombre que iba a

ser ejecutado, esto valía el indulto, Noriega con aquel encuentro feliz quedó indultado por consiguiente.

Volvióse el virrey a Palacio, no sin llevar cierta complacencia porque había salvado la vida de un hombre sin menoscabo de su energía.

Tornaron a llevar a la cárcel al indultado Noriega, y todo el mundo atribuyó aquello a un milagro patente de Nuestra Señora de Guadalupe, de quien era ferviente devota la familia de Noriega.

No se sabe si el cochero, aunque aseguraba que sí, creía en lo milagroso del lance. Lo que sí pudo averiguarse fue que tres meses después se casó con la hija de Noriega, y que su excelencia le hizo un gran regalo de boda.

La tradición agrega que aquel lance fue el que dio motivo a la real cédula que ordenaba, que, en día de ejecución de justicia no salieran de Palacio los virreyes.

¡Para que se vea de todo lo que son capaces las mulas!

## **POR SI ACASO**

pepe -dijo la condesa tocando suavemente en el hombro a su marido, que dormitaba en un sillón aliado de la chimenea.

-¿Qué pasa? -dijo él incorporándose.

-¿No vas a ir al club? Son muy cerca de las siete.

-Te agradezco que me hayas despertado; voy a vestirme. y tú, ¿qué piensas hacer esta noche?

-Es nuestro turno del Real, y si viene Luisa, iremos un rato. ¿Tú no vas al palco con nosotras?

-Veré si puedo. Por ahora voy a vestirme.

Media hora después, el conde, envuelto en su gabán de pieles, se acomodaba en su berlina, diciendo al lacayo:

-Al Veloz.

Cuando el ruido del carruaje anunció que el conde se alejaba, alzóse el portier del salón en que había quedado la bella condesa, y la cabeza rubia de una mujer joven asomó por allí.

-¿Se ha ido? -preguntó a media voz.

-Sí, Luisa, entra.

-¿Insistes en tu plan?

-Sí; no hay peligro alguno, y además, Luciano me ha prometido ayudarme.

-¿Lo crees seguro?

-Vaya, y necesario. En toda esta temporada del Real no he conseguido que me acompañe un solo día al palco por irse al Veloz. ¡Dichoso Veloz! No sé qué tiene para nuestros maridos. y después de todo, debe ser muy aburrido. Pero esta noche sí me acompaña; vaya si me acompaña. Ahora voy a vestirme yo también.

El club estaba lleno. Unos socios jugaban al tresillo o al whist, haciendo tiempo mientras se abría el comedor. Otros conversaban alegremente en los salones. Se oyó el timbre del teléfono, y pocos momentos después, un criado entró preguntado:

-¿El señor marqués de la Ensenada?

-¿El marqués de la Ensenada? -dijo uno.

-Sí, señor -contestó el criado-. Le llaman al teléfono. -Pero hombre, si el marqués hace siglos que murió. -Llamarán a la calle del Marqués de la Ensenada -dijo otro.

-Señor -contestó el criado-, ya he dicho a la señora que aquí no hay ningún señor que sea el marqués de la Ensenada:

-y ¿qué ha contestado?

-Que eso no me importaba a mí -dijo el criado-. Que yo preguntase por el marqués de la Ensenada, que ya lo demás no era cuenta mía.

Todo el mundo escuchaba con curiosidad este diálogo, y entre todos, quizá con más atención, Luciano de Oriz, el más alegre y más bromista de los socios, que en aquellos momentos conversaba con el conde.

-Yo creo que eso es un camelo -dijo una voz.

-No -replicó Luciano-; éste es un lío. Eso de marqués

de la Ensenada es nombre convencional. Ya verán ustedes. Voy a tomar el hilo.

-Pero ¿cómo?

-Nada más fácil. Me acerco al aparato y me hago pasar por el de la Ensenada.

Y sin esperar más, se dirigió rápidamente al aparato. Pocos minutos después volvía, pudiendo apenas hablar a causa de la risa.

-¿Qué hubo? ¿Qué hubo? -le preguntaron todos con interés y rodeándole.

-Pues tiene gracia. Luego que me anuncié como el marqués, una voz femenina me preguntó -¿Eres tú? -Sí. -Ven en seguida, porque ya se ha ido Pepe. Oí algo como risas de mujer, y se cortó la comunicación.

Una carcajada general contestó a la relación de Luciano, y entonces comenzaron los comentarios.

-Claro; se reían de Pepe.

-¡Qué gusto, que no me llamo Pepe!

-Pues yo me llamo Pepe pero no soy casado.

-Pues yo sí; pero mi mujer está en Niza, y desde allí no llama a nadie.

Pero algunas fisonomías se nublaron y a poco oyéronse dos o tres coches del club salir precipitadamente.

El conde entró en su casa de vuelta, y al entregar su gabán al criado, dijo a la condesa, que apareció en aquellos momentos por allí seguida de Luisa:

-Pensé mejor, y he resuelto venir a cenar contigo para irnos después al Real.

-¡Bendito sea Dios, Pepe! ¿Qué santo me habrá hecho este milagro?

Y furtivamente dirigió a Luisa una mirada, en la que podía haberse leído todo este cuento.

Referencia bibliográfica:

RIVALPALACIO, Vicente: "La horma de su zapato" pp 41-48, "Las mulas de su Excelencia" pp 49-54 y "Por si acaso" pp 79-81 en *Cuentos del General, Obras escogidas*, CONACULTA, UNAM, IMC, Instituto de Investigaciones José Ma Luis Mora., México 1997.